



NAHUI

(el que navega al mediodía)

FJ PADILLA

© Javier Padilla, 2021

javier@estrella.ws

(34)661600273

ISBN-13: [pendiente]

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o cualesquier otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La vulneración de derechos fundamentales y en particular el relativo a la propiedad intelectual puede condicionar una respuesta jurídica del titular.

I

LA CANOA ESTÁ VARADA HACIA UN COSTADO en los arenales, bajo un estambre de salpicaduras relucientes arrojadas por las entrañas del mar.

A esa hora la luz adensa y colorea la materia, como si solo entonces empezara a existir, durante la puesta en marcha del mecanismo laborioso de la vida. Un cromatismo que suscita (provoca, induce, alienta) una actitud contemplativa.

Para llegar hasta la playa, Nahui ha circundado la ciénaga, los cañaverales de la malla fluvial, transitó entre montañas, por corredores estrechos cuyas floraciones perpetuas segregan un néctar mortal para ciertos lepidópteros, unos con propiedades curativas, de trompas grotescas arrolladas en espiral y alas traslúcidas, que pocas veces abandonan la protección del valle encantando, donde, aparte de fábulas y conceptos, habita una criatura musical, casi pantera, bella, casi humana, no resistible, no gobernable, intemporal. Hechiza a jíbaros, kiowas, guatemaltecos; obsesiona a castellanos y hondureños, embriaga a los pehuenches con un lánguido o leve cántico, similar al aderezo vocal con que las sirenas sustentan el halo de su propia leyenda.

Entre las breñas del folclore (matorrales de creencias superpuestas), Nahui zanja la narrativa idealista, acuciado por una realidad más prosaica (insulsa, aburrida, pocas veces incluso vulgar).

Una frazada (una horda, un batallón) de insectos, con capacidad aérea y mal humor y la consigna de matar o morir, está emergiendo desde la maleza, cerca al homínido. Primero la confundió con abejas, pero según relató más tarde, eran flores, azaleas, amacayos, alquimilas, quizá petunias y borrajos (hojarasca), sincronizadas para dar caza al hombre muchacho.

El jardín colgante, por mutación, o a causa del refinamiento evolutivo, o como resultado de un experimento fallido, sigue una estrategia gregaria, unido en la mejor defensa conocida que es el ataque. Embosca al intruso, a cualquier enemigo potencial, sea o no herbívoro, humano o animal.

Atraídas por las moléculas odoríferas del espécimen juntan las partes de cada flor soldado (pétalos, corolas, brácteas, pedúnculos, tallos, peciolos), se adhieren unas a otras, bullen, espesan un cepo sobre el nativo. Está inmovilizado, respira con dificultad, por los ayocotes del polen (los granos diminutos le parecieron frijoles), apenas consigue avanzar, piensa abrir una trocha a manotazos, tiene los pulmones agobiados en un secarral de vidrios molidos, resuella, oye el fragor de la rehala (una jauría de perros), nota el distanciamiento paulatino. Queda embotado, sin fuerzas, deduce que Irepane se reirá a carcajadas cuando sepa la manera en que murió sin heroicidad ni distinciones, bajo aquellos verticilos florales (ramos, hojas, campánulas, al mismo nivel).

El taíno arremete contra el contorno amurallado, choca una vez y se tambalea, por un vahído (un mareo, una náusea), una derrota convertida en victoria, porque terminó cayendo de

bruces fuera del cerco asfixiante, respira a bocanadas ruidosas y se aleja, confortado por la frescura medicinal de un aire que bebe como si fuera agua pura.

En un porvenir, cifrado entre los vuelos videntes del alcaraván, el Museo de Historia Natural¹ publicará un extenso herbario, cuya realización genera abundantes notas, tan meticulosas que ahorran el esfuerzo de repasar índices y hojear muestrarios al buscar entre láminas de hongos, cortezas y cáscaras. En una adenda ulterior, insertaron un biotipo (modelo característico de su especie) muy agresivo, de singular rareza y adaptado a un hábitat en suspensión.

La cita académica confiere veracidad retrospectiva al incidente, que primero fue clasificado como patraña. Los gacetilleros anudadores burócratas, entrometidos y fisgones, con tendencia al sensacionalismo y a tergiversar sin reparo todo cuanto sea noticiable, registraron el asunto a su manera, refieren a un chiflado que vio gigantes donde solo hay remolinos y broza.

No poco después, durante una de tantas confiscaciones en el nombre del padre dignatario numantino (una ciudad, un país), del hijo militar y el invasor trasatlántico, recorren e inspeccionan las galerías subterráneas y los vastos depósitos y el almacén, fortificados en las entrañas del teocali (templo azteca) y el zigurat (torre piramidal escalonada), donde hallaron una cabuyería (cuerdas) y manojos de badernas con una trabazón curiosa.

El hombre al mando, recién ascendido de sargento a brigada, levanta la mano con un haz de cordeles (un puñado de hebras

atadas entre sí, un amasijo de espartos, una medusa de hilo bramante y lino viejo, un embrollo de sogas). Dice o inquiere: “Que ésta me aclare para qué usan los indios esta greña”. La intérprete políglota, Irabel Tzul, siempre escueta, dictaminó: “Llámense quipus, en quechua, para la escribanía”. Tras un suspiro teatral, deja traslucir una honda preocupación y añade: “¿Cuándo toca de pagarme las mensualidades atrasadas?”.

En los años rupestres, el caudal informativo, la contabilidad pública, el censo, las efemérides y la mensajería trillada, son gestionados por una élite especialista funcionarial. Hábil y minuciosa, maneja cáñamo, fibras, lianas sin farfolla, que trenzan o atan o conjugan, con intencionalidad semántica, a una soga vertebral, según un código arcano, mediante nudos y colores unívocos y longitudes irregulares.

Los datos, su tratamiento, así como las comunicaciones y otras materias relevantes, graves o históricas, están marcados con un aspa granate en los lienzos presupuestarios, por ende, reciben un trato prioritario, una tramitación urgente, siempre tras el gasto militar. Si el epígrafe muestra un asterisco significa que habrá reunión de asesores, adelantados y, ocasionalmente, un corregidor, pues el asunto requiere una campaña promocional. Aun abusando de la terminología relacionada con las finanzas públicas, un monigote, a secas, permite deducir que el resultado obtenido con la política a que se refiere tendrá efectos o trascendencia para los súbditos.

El último polemarca (el jefe civil y militar) mandó anteponer un aspa, un asterisco y un pintarrajeo antropomorfo, al capítulo relativo a las líneas de acción y el resorte modernizador con los

que ir dos zancadas por delante del futuro. En definitiva, otra manera de hacer las cosas, especialmente, los jeroglíficos.

Ochpantizli Cuatro Pico de Azor se jacta (excesivo y presuntuoso, esta vez con fundamento), dice dominar la calipedia (artes creativas que permiten engendrar vástagos fuertes e hijas bellas como primulas), concibe artilugios raros, distracciones para magnates, más allá del ingenio, ultima un juego, entre lúdico y deportivo y sibarita. Por partes, una bola de boñiga y resina, un palo y varios hoyos. Hasta donde llega la contabilidad del calendario, registrada en madejas de pita y esparto, nunca puso nombre al divertimento, quizás porque entonces como ahora, tiene la agenda llena de asteriscos, eventos, cuentas fantasma. Entre muchas tareas paralelas, estudia una ronda de negociaciones para poner a su vera al sátrapa (negus, soberano, un líder nato) de los mocovíes, solo entonces puedo dormir sin redoblar la guardia, sonrío calidez, pero un brillo de ave rapaz en su mirada delata que únicamente gestiona negocios y clanes, no es nada personal, después puntualiza con el gesto del índice admonitorio, mejor parir un compadre que ver al primo lobo custodiar rebaños.

Asimismo, en el agora donde estuvo Nahui, deducible a través del rastro documental que toda persona deja a su paso administrativo por la sociedad, como el tizne troglodita en la bóveda cavernaria, amuletos, herramientas líticas (pétreas), un navío destartalado, cabos sueltos, acuarelas o testigos que contaron a los hijos y estos a los suyos y aquellos a las generaciones posteriores, que un zar merino (juez) emprendió una campaña propagandística para taponar la boca con juguetes

ilusos a los descontentadizos, la agorera, el renegado, la niña bonita.

Tras la muchedumbre, escuchó a trozos el discurso promisorio, giros como bienestar, conquista, un mechnal doble (mejor que un cuchitril) para familias extensas, un día completo de vacación por mejor desempeño, acceso al fuego previa cita, un curandero de proximidad, juicios rápidos contra quienes ocupen la heredad ajena o palpen un pecho femenino, acaricien o froten un seno, succionen o estrujen una teta de mujer hembra sin autorización expresa o consentimiento tácito de la propietaria. En resumen, desea contentar a todos, ganarse el respeto y la lealtad del paisanaje (los civiles), humanizar su condición divina, amoldar los avatares a su antojo y conveniencia.

El micado (emperador) supervisa un gabinete de sabedores prospectivos (analistas del futuro) y maestros eruditos y un intendente (jefe) arbitrador, a quienes encomendó diseñar un sistema superior a los quipus. Necesariamente, un método versátil, inagotable, una escritura fácil de realizar, abundante en dibujos simples, diminutos, caras felices o ceñudas, un puño, una ulala (cacto), un zurullo (un mojón) y otros iconos expresivos. Desde el lado del consumidor, aprendizaje rápido, comprensión ilimitada, esfuerzo mínimo, no intelectual, sino sensitivo.

Nahui, ajeno a la actualidad y al soplo renovador del monarca ilustrado, había sobrevivido al caer por su propio peso fuera del campo florido, recupera el aliento, ubica los puntos cardinales, aguza la vista, corrige lo necesario para llegar

entero al próximo lance, salir airoso de toda ocasión crítica y conservarse cuerdo y animado entre varapalos. Transpira alivio frente a la marisma (cerca del mar). Conjetura acerca del tiempo. Rememora a los actuales vaticinadores consiliarios (aconsejan), alzan los brazos, abren las manos y mantienen la postura hasta captar alguna perturbación sutil en la densidad o la temperatura del ambiente, por cuanto que el progreso no ha traído barómetros, brújulas, cronógrafos, sextantes, termómetros, diapasones o básculas, o algún artefacto complejo cuya finalidad principal o accesoria consista en cuantificar medidas, el peso, la presión, la altura, el rumbo, la distancia. Con tal suerte hubieran podido establecer la duración del calabobos (más sutil que la llovizna), que anega las tierras arables, desbarató las cosechas y promueve un tufo a cieno primitivo y maderas podridas.

Las horas previas al desamparo que atravesará su voluntad como una vira traicionera (casi una saeta), el primogénito de Ñamandú Yupani, del gremio herrero, y Eréndira, la partera, había dejado la chinama (otra cabaña rústica) con las energías renovadas por el acto simple de dormir a sueño suelto (mejorado). Aparta un tendal de tasajos porcinos y pescados grandes y abiertos en mitades simétricas, que la vecina, Xoniquetzal, suele poner a desecar por doquier. Camina unos pasos y se detiene, una pausa, explora el rededor, aspira un aire cuajado de acertijos y pesadez y retos carismáticos.

El mapuche otea las alturas, la fragua encapotada (el símil se le ocurre por su padre), interroga las vetas y aleaciones de estaño (blanco plateado), el magma cambiante, sulfúreo

(amarillo limonero), cobrizo (dorado cohibido), fuliginoso (tiznado), endrino (azul violáceo). Las nubes están embarradas con esa mezcla de estiércol y carbón mineral que usan para caldear los hornos panaderos.

El matiz anubarrado y la tormenta posible hacen descender a Nahui hasta el suelo de todos los días a la misma hora en que verifica el límite selvático, a través de la luz cinérea (cineraria, cenicienta). Escucha el latido difuso de la ciénaga, los ronroneos ásperos del yaguareté (otro jaguar), un viento que suspira, los murmullos de la fronda, el sollozo del ñacurutú enjaulado (ave). Percibe la hedentina en los corrales removida por los aleteos del gallo chulo, las volutas (espirales) prendidas al faldón de la brisa, las fogatas consumidas del ocote (pino azteca); olisca la maraña que adereza el ambiente, mentol cítrico desde los ungüentarios, olor vegetal, afrutado, a humo, escoria, tierra húmeda, a desilusión y ausencia troceadas en ascuas de incertidumbre. Apenas entonces, para sí mismo, conjetura un pronóstico sobre la dulcedumbre que mostrará luego la diosa madrina de los imposibles y la tempestad, Mama Pachácutec.

Como la víspera y los días anteriores, a causa de la suspicacia (no confía en los demás), el perfeccionismo maniático y la dinámica acomodaticia del hábito, repasa el plan de fuga que está preparando en secreto desde mucho tiempo atrás. La necesidad apremiante, saber que no sabe nada, las complicaciones del proyecto, acaso todo junto, más los deseos revueltos con la impaciencia, justifican un talante pensativo y taciturno, una disposición que unos consideran normal en la

adolescencia, maneras de llamar la atención, simples manías; otros la atribuyen a Tzitzimine (dama excelsa de los ciclos baldíos), mientras que algunas vecinas le suponen lombrices en las tripas, está sonámbulo o anda de los nervios porque no encuentra una esposa solícita (cariñosa y atenta).

Desde una perspectiva más prosaica (menos musical o sublime, de andar por casa, de chicha y nabo), mirando la realidad por dentro, el hombre muchacho quiere asegurarse la viabilidad del viaje, anticipar todas las contingencias (roturas, omisiones, equívocos, hechos que podrían o no suceder); minimiza el riesgo, sin obviar a su propia tribu y la oposición del clan enemigo. Para la empresa en curso, no apuesta por la suerte ni baja la guardia antes de arribar a mejor puerto. Trenza la fibra de las conjeturas y los asuntos pendientes en una soga manejable, un ronزال que le permite ir tirando del argumento para solucionar la problemática navegación, la fecha correcta del embarque, el equipaje, la utilería, las vituallas; dado que los plazos son perentorios y la capacidad de almacenamiento es limitada, conviene no abusar del lastre decorativo, poner lo esencial y necesario a un lado y al otro las cosas prescindibles, que encuentran razón en supuestos estadísticamente improbables o adolecen de excesiva especialización.

Entre los herbazales, auxiliado por sus dedos, saca cuentas, sobre el tronco de una araucaria, talló a cuchillo cuatro estrías irradiadas por una ajorca (inicio del verano), diez surcos como los dientes de un peine (uno por mes), un gajo convexo (panzudo), cinceló un trazo redondo, el último plenilunio, un caparazón cóncavo (abre paréntesis); todo

hendido a pedernal en líneas irregulares. Con este modo de medir los tiempos, el remanente acaba en una figura lanceolada (punta de lanza) tosca, que le recuerda la conveniencia de aligerar el esfuerzo con la curiara (una canoa ligera si no incorporase al menos una vela).

No tiene claro el tema del velaje. Evita agobiarse nada más empezar la jornada. Desayuna rápido, engulle la pulpa dulce y aguanosa de un zapote, medio boniato cocido el día anterior, frutos secos; bebe café, revisa los áperos de pesca, después acomete las tareas asignadas a esa franja horaria. En la vereda, arranca los abrojos superficiales y otras hierbas rastreras, aplaza el resto. La vida se acaba pronto, piensa. Aprovecha el automatismo de la rutina y va escarbando en su maleza interior, mientras echa alpiste en las duernas donde come el ganado y confunde el pienso para los rumiantes en el corral.

Superada la zozobra del amanecer (estuvo inquieto, afligido, angustiado), abandonó el calvero abierto entre la espesura. Atraviesa un campizal, un plantío de ñames, otro de yucas, tres ejidos, casi a la carrera, como en volandas. Saludó al talludo Milcíades, un promotor que había sacado un enorme aro de bajo las taropés del estuario (la farandulera coplista las llama nenúfares) y lleva semanas empeñado en darle provecho y nombre. Durante un mercadeo posterior en Tecnochtitlan, convendrán en bautizar el artilugio como rueda.

El guaraní no se detiene, evita la charla (superflua), los tópicos (más de lo mismo), el aditamento redundante, la temática banal (sin consecuencia). Está centrado en su atolladero íntimo, como un espectador que mirase desde fuera su propio acaecer

existencial, atento a la curiosidad, el recelo y los dices del vecindario, pues le obligan a ser cauto, convencer, explicar las cosas tantas veces como sea necesario, hacerse entender, mentir con estilo, especialmente, al motivar todas esas horas de pesca en solitario, sin traer siquiera alguna pieza escuálida.

Por la fuerza de la costumbre, seguirá el mismo trayecto hasta el lugar donde la playa y la desembocadura del río mezclan sus arenas, silbó un bolero triste, trazó rutas alucinantes con la fantasía, por dimensiones abstractas, por tierra, incluso, volando como un albatros, mediante un artefacto atado a los brazos.

La falta de aparejos o la impericia, las prisas o la desesperanza, la fatiga y su tendencia evasiva, quizá todo unido, hace que lucubre una solución alternativa, alguna claramente imposible, unas pocas, delirantes. Entretanto, despedazó y construyó muchas veces la misma chalupa (más laboriosa que la canoa).

En cada versión surgen tantos añadidos, omisiones, cambios y mejoras, que obtiene un producto singular, hecho de principio a fin, una nave futurista, inspirada en los cromos del adoratorio (el templo), que utilizan aun como fortaleza, depósito, biblioteca imperial, parlamento, termas privadas y como laberinto suasorio (descorazona a los delincuentes).

Durante un acceso no autorizado a ese edificio, había hojeado un libro voluminoso, igual en apariencia a los demás, puestos en pilas y montoneras. Vio juncos orientales, un cráter chileno, urcas españolas, faluchos, naos, galeras y un esquife. Sacó empuje para diseñar un prototipo idealizado, útil y estético a la vez, con la esencia y la funcionalidad de diferentes barcos, aunque, al descender a lo práctico, siempre termina

improvisando el modelo en construcción. Para la prueba definitiva, puso a remojo la balsa, tragaba agua como una esponja, necesitó refinar el ensamblaje, cerrarlo con estopa y brea, repetir el bautizo, esperar, añadir nuevas excusas por la tardanza.

Ninguna prevención ni hechura son suficientes. Tiene decidido rebasar el límite donde el cielo y la mar se juntan, suponiendo que exista algo más. Según el entretenedor cuentista ambulante, un viejo estuvo allí, capturó una ballena y en el camino de vuelta los escualos la dejaron hecha un escobajo de raspas y nostalgia. Nahui no es añoso ni marinero, no desea regresar cargado con una corona de espinas y unos maderos rotos, tampoco aspira a ser un mártir entre los suyos.

Encontraré las Hispanias, si esta patera de mala madre aguanta el tirón. El maderamen de la última empezó a crujiir y chascar y agrietarse como si lo estuvieran cocinando a fuego lento en el horno solar, un prototipo acabó alabeado muchas veces por estribor (el lateral derecho parecía un melonar), otro trabajo previo se desbarató tras el efecto apisonador de las pezuñas en estampida. A causa de tales inconvenientes, la obra sigue atascada entre las arenas del desencanto, en un presente sin progresión.

El transgresor (vulnera normas), coloca una mano contra el pecho para acallar el tambor de un corazón zaherido por las dudas y la actitud hostil del duro Irepane Tonatiuh. Nunca vio llover tan fuerte. El sirimiri navarro se transforma en una precipitación de gotas recias y cohesionadas, mal parecidas a esos perdigones con que aprestan las cerbatanas. El lapso

persiste lo suficiente para irritar y aburrir, especialmente su repiqueteo monótono como de timbales, mas antes o después, a intervalos, suenan atabales, un resuello, un chasquido en lontananza, silencio, por un instante el mundo está quieto, nada se mueve, las hadas no lloran, el ocelote soltó el pescuezo del elfo apresado, la ciénaga contiene su respiración asmática, apenas un espejismo, una eternidad ilusoria disuelta por el martilleo repentino del aguacero, que acribilla la superficie del mundo, horada (agujerea) la vegetación, la fragilidad, las flores del amancay (narcisos, azucenas), atraviesa nidos, rompe cascarones, ametralla el frutaje, el retrato abstracto de los duendes y las escolopendras. Acaba enseguida, eso sí, luego la calma induce a suponer que está a punto de escampar, pero no, falta el colofón, el remate es una tromba sucia de barro, revuelto con anélidos larvarios (lombrices de las que se ponen en el anzuelo para pescar), incluso, caen renacuajos diminutos y trazas corpusculares de nieve.

La tormenta tiene propensión a repetirse, repite cada uno de los fenómenos, con un orden aleatorio, la misma insidia convertida en una azagaya que Nahui no consigue desclavarse, afilada por el anhelo, las esperas, la pesantez del calendario, más hiriente cuando falta el abrazo de la amiga hermana, Maru Duchibela o si Irepane anda lejos y todo lo demás sobra por absurdo, aun su olor a ropa soleada, sudor de relente y marisco tenue.

El yucateco tiene una reacción visceral (emotiva, intensa), pierde la paciencia, se encuentra a sí mismo hartado de bregar y discurrir apaños con los que hacer soportable una realidad

insuportable, lenta, arbitraria. Con las hebras del entendimiento conecta la tribulación (una lotería adversa) con algún demiurgo (una fuerza generatriz) cruel, que alarga las distancias, entorpece, abruma, conforme a quien se habituó al confort y la inmediatez del chamizo familiar. A causa del enojo, añade matices inusitados y acepciones curiosas a las cuatro palabras que nutren su vocabulario de agravios. Así como identifica el chaparrón con un diluvio exterminador, las penalidades diarias las define como simples distracciones para celícolas (arcángeles, querubines, hados, musas y demás moradores del cielo). La polisemia de los desposeídos no soporta tiempos verbales, porque el presente es una sucesión recursiva de días idénticos y esfuerzos estériles, ergo, después de todo, nada. Prisionero en una narrativa carente de porvenir, ritmo, desenlaces, giros sorprendidos, espectacularidad, acción, más en sentido trepidante, hallazgos deslumbradores, progreso acumulativo, etcétera. Es siempre, como antes y para siempre, ahora, hoy, un sinvivir, un limosnear amor a nadie; harto de paréntesis y palabras raras, figuraciones, sílfides, ogros, el preludio o la ira.

Debo partir enseguida, murmura o piensa a voces o entresaca de la memoria. Empero, carece del músculo locomotriz mientras no enderece la barca. Gruñe una vez, como vio hacer a Irepane, cuestiona la ciencia infusa de los alcaldes, la magia crepuscular necesaria para descifrar los códigos, lo que aprendió hasta ayer, los diecisiete cielos, su complejidad conceptual, las veintisiete Europas, el eterno retorno, más si es inmutable, la encaminadura de una tropa sin rey estratega, menos en tiempos de la calentura. Además, sospecha que los juguetes que encuentra la

primera mañana de cada siglo nuevo, no son un regalo traído por una cabalgata de dignidades persas, bizantinas y babilónicas, sino que Eréndira, su madre, tiene algo que ver con todo eso, como agravante, nadie revela el secreto ni habla claro. Tengo que exigirles la verdad, vaya que si lo haré.

Momentáneamente, discurre por su cualidad humana, chapalea contra la urdimbre de avatares que la suerte enreda y deshila en los cañamazos del destino. Endurecido, reta al enemigo, uno y muchos, no discrimina, no sabe elegir entre el genoma constrictor, el titán ambiente, la maga cultura, la rara pandemia imposición, el degollador caminante educacionista, los duendes telúricos enredadores, la anaconda casualidad.

Si la tesitura asumida significa una disposición del ánimo y toda catarsis implica un efecto purificador, acaba de robustecer su ego, ajeno a la resignación, descubre el torzal (la unión entrelazada) de propósitos a los que aspira un espíritu geminado (dividido, dual, múltiple), vislumbra que hay en su interior una mujer, un hombre, un infierno, un ángel hembra, una bestia macho, incivilizado, anacrónico (como los melones en invierno), instruido, en definitiva, no se resigna con su mala estrella y grita a las demás partes atribuladas: “Encontraré el rumbo”.

Descalzo, semidesnudo, analfabeto y sin apenas experiencia náutica, refrenda el índice portulano de la quimera (fantasea), eleva el mentón en un gesto altanero para aligerar parte del agua que empapaba su melena, endurece la expresión, escucha, recuerda haber escuchado, o imagina, el acuario distante del mar, su resuello de dinosaurio grande. Cada vez

que decide bucear como explorador, alcanza una elevación en el acantilado, siempre la misma por costumbre o seguridad, salta, fuerza una voltereta, desciende en línea recta, puede añadir o no un giro acrobático, la verticalidad acaba solo cuando entra al océano como un proyectil aerodinámico, después flota por los cielos hialinos (traslúcidos, claros, limpios), entre el celaje de las medusas (piensa en nubes). Inventa un fondo sinfónico, las caracolas sonoras, aun silbos o silbidos lanzados en ráfagas por los delfines, el tintineo de los hipocampos en duelo (una especie de pez equino y camaleón y oso hormiguero). El buceador experto, sumergido, conoce su punto de no retorno por colapso pulmonar, de modo que reflotará antes, tras rozar los bosques coralinos y las madréporas (animales) retorcidas en colgaduras arborescentes al borde del otro mar tenebroso dentro del mar, la fosa abisal bajo la quincalla y los romances cantados por un timonel entre la luz polvorienta que envuelve un antiguo galeón hundido.

El buceador abandona la marea legendaria, evita incardinar disquisiciones (apartarse del tema), añadir complicación a la simplicidad. Recompones la parte del avío desbaratado por un manotazo de aire, ajusta la simetría entre los folios sueltos, aprieta el legajo con los pliegos y el cuaderno cuyas páginas no entiende ni empareja con los enamoramientos líricos de un prosista mago colombiano.

La víspera, el tupí había aprovechado un eclipse para entrar, sin permiso de nadie, al recinto sacro del palacio majestuoso, una construcción propuesta por el zar canciller, inspirada en las visiones maravillosas de la pitonisa atractriz, Miley Cirrus, y

las estampas e ilustraciones que protegen los mercenarios. El edificio tiene apariencia de pirámide, pórtico orbicular, múltiples puertas falsas como ardid para desanimar la profanación, una columnata donde se enroscan las yedras y cuelgan calderos cuyas fumaradas esparcen un tegumento que marca la piel del intruso, con el sello delator de la vainilla, el eucalipto y los inciensos secretos.

El delincuente confirma el peristilo (la galería de columnas que rodea el complejo), de principio a fin, no ha encontrado el único acceso al vestíbulo, oye un graznido tétrico y piensa: “Un olopopo sobre el ahuehuate”, pero susurra: “Una lechuza grande en un árbol”. Acomete el mismo recorrido por el soportal, va escudriñando cada uno de los portones falsos, intenta moverlos, resopla, suda hastío, finaliza donde empezó. Prueba suerte con la última opción, estira los brazos, flexiona una rodilla, agacha la cabeza y empuja la puerta, convencido de que tarde o temprano cederá, no obtiene resultados, perservera, oye crujir al leviatán, murmura: “Será mi momento”. El lema o la rabia le enardece, pierde el control, estampa la frente contra la madera gruesa, como la embestida del uro cornupeta, produce un aldabonazo sonante, apura, hace un esfuerzo finalizador y oye el chirrido de los pernios que giran lúgubres, oye las aletadas del cuscungo espantado (búho quichua) y el trallazo del caporal mandador gritando a los trogloditas que qué cojones pasa aquí, quiero una ronda por el perímetro.

Nahui rebasa la ménsula (otro añadido arquitectónico), el propileo (las columnas), cruza el portal, entra al espacio de

fondo marino en cuyas corrientes pierde la certeza de andar despierto y los recuerdos asumen formas horripilantes y le acosan mientras bordea el hemicíclo donde los transportadores estadistas tratan cuestiones graves e intereses comunitarios.

Más adelantado, descubre el espanto de los sarcófagos erguidos y las salamandras quiméricas y los escarabajos de oro que fulgen entre las vendas arrolladas de los difuntos. Para orientarse, esboza una composición del sitio, el acabado piramidal, con cuatro fachadas y cuatro escalinatas, más grande y laberíntico por dentro que por fuera, el frontispicio (el lado frontal), la profusión decorativa, esmalte, tintura, lacas, vidrios y tornasoles (reflejos cambiantes) y colmillos hiperbóreos (árticos) del mamut extinto. Al hacer la instantánea del enclave recuerda a la soldadesca, que restringe el paso a quien no muestre ser escriba interprete, un maestro sabedor, una sibila, un augur, el curador yerbero, las oficiantes, o no disponga de salvoconducto autenticado del káiser soberano, ergo, franquean la entrada a determinados personajes y gremios.

En el retén, poco antes, había visto el relevo, un temblor sísmico, un estrepito de guardias membrudos, unos entran y otros salen del foro. Los trogloditas sustituyen a los pitecántropos, gruñen, ventosean, unos empujan, otro se acomoda los testículos, todos portan el arma reglamentaria al hombro, un tronco membrillero con forma de muslo aviar. Así pues, aprovechó el trasiego y la conjunción astral, convertido en sombra, en sigilo, mimético, dueño del claroscuro, deja atrás los aledaños, elude celadores honderos y centinelas

infalibles con el dardo y la frámea (jabalina). Presiente el peligro, aguanta la respiración, espera, se agazapa para ofrecer la menor evidencia ocular al paso del enemigo. Es la novena sibila emperatriz lectora, está cerca, llega, suspira, levita en su carroza, por sobre una alfombra de muselina (seda) que los eunucos extienden y alisan conforme avanza la procesión, esparcen un asterismo de heliotropos (águas) y garbanzos diamantinos, pétalos y dádivas arrancadas a los pelargonios y las galabarderas, asperjan colonia en los aledaños del halo mesiánico, melodioso, lánguido, almacigado (tal que una luz de oro molido). La diva musa viene precedida, flanqueada, seguida por una cohorte (un acompañamiento, una comitiva) ordinaria de hieródulos (sirvientes), fámulas (doncellas), recitadores, escoltas rudos con dagas y martillos, más un adorno de arpegios que exhala un instrumento bien parecido a una herradura grande, cuya ringlera tensa de hilos sedales hace vibrar un doncel artífice mediante la yema de los dedos.

El asaltante escucha la parafernalia del capricho, aguarda, reprime la mohína por la diosa terrena que jamás volverá a ver, de cerca era orgánica, etérea, ideal, concreta, se llevó la brisa del mar, los acordes lánguidos de un pentacordio (la eufonía de una lira), el fragor lunático del enamoramiento sensorial, la sonrisa delineada, su fruto indehiscente (eufemismo lírico para evitar decir coño) vedado por la túnica ceñida, los ademanes púdicos, la pose nupcial tras los puñados de colorinches y sal, que le dejaron un regusto ácido, amargo, dulce y salobre, al poeta sin versos, la señora se marchó, eso es todo, debe proseguir, aunque tenga el humor sombrío y esté cubierto por un velo de purpurina. Escoge un corredor entre muchos iguales, se

pregunta cómo pudo llegar hasta ese extravío, luego reprime el abatimiento, ve una congregación de doncellas en cueros. Celebran la vida, los florilegios (odas, plegarias, balatas -poesía para bailar-), cantan a la plenitud de los lustros al cuidado del fuego, espurrean (asperjan con la boca) colores líquidos sobre la sacerdotisa vestal (consagrada), entre turíbulo (incesarios) y candelas aromáticas y antorcheros que alumbran un ilapso (un arrobamiento, un éxtasis) simultáneo. Encuentra al hierofante (maestro) sumido en la circunstancia de esmerar nociones recónditas y misterios no resistibles para la curiosidad temeraria del observador. Tras una repetición de cámaras hipóstilas (sostenidas por columnas), cada vez más restringidas a la luz natural, aligera el paso, vulnera un sagrario (donde guardan reliquias), en la penumbra tropieza contra una confusión de ligaduras, guaracas o zumbeles (cuerdas de las que se arrollan a las peonzas), intuye los nudos semánticos de los tendones y arterias unidos en greñas, aparta promontorios con atados que se desbaratan al moverlos con brusquedad, descubre una materia imposible para las ciencias contemporáneas. En virtud de la iluminación y la humedad, muestra un lustre añejo a cera; su precio intrínseco es asimilable al de la rueda, tasado el valor utilitario, da semejanza con la magia; atendido el criterio del sabedor preternatural (cuya memoria excede la capacidad humana), del hermeneuta (intérprete) y el magíster gramático, protege información sensible, confidencial, privilegiada, profética, inculpatória, privada. Porta mensajes de origen divinal, como heraldos cifrados en un idioma opaco a la gente humilde y lenguaraz de Tlatelolco, Icahuate y Guachichil.

Son cuartillas, epistolarios desprovistos del hálito romántico, comics, atlas, dípticos, silabarios y cartillas y folletos irritantes. Es papel. Ha superado malicias, tifones, corrosión, desleimiento, censura, vandalismo; atraviesa hemisferios, queda a la deriva, llega a tierra firme, entapiza las playas, la bahía. En otro momento, las manos ágrafas colectan, sin fervor ni entusiasmo, cada diseño laminar, según los roles asignados por Tara, la diosa hilandera de la casualidad, después vacían los huacales para su tratamiento en la bóveda de análisis hasta donde ha llegado Nahui.

Recapitulando, desde los principios de la cargazón del tiempo, los clanes son rivales acérrimos (intransigentes, polos extremos), repiten batallas, refriegas y escaramuzas, sin otorgar clemencia ni permitir armisticios (tregua). Todas las guerras son en realidad una sola, feroz, implacable, sin remate final, en cuyo transcurso lo primero que perdieron fue la dignidad humana, como bien o mal apuntó el mariscal intendente, Carlo, del clan de los Herrera, que ocupaba el ocio dominical diseñando filigranas con alambres y pasatiempos algebraicos. Conforme a las observaciones personales que anotó en un memorándum, la conflagración supera la lógica del producto cartesiano (todos contra todos), cuando un ejército, una milicia, se escinde y lucha contra sí mismo, en las mal llamadas peleas civiles. Los mazatecos aplastan a los andinos, estos a los cipayos que antes hicieron capitular a navajos y cupeños. El pábilo marcial prende por cualquier motivo o pretexto, espejos y oro, por codicia, bancales y haciendas, servidumbre, odaliscas, prontuarios de hechicería y, sobre todas las cosas, para obtener el dominio del fuego numinoso (primigenio,

mágico, ritual), por cuanto que nadie domina el artificio necesario para obtener su encendido. Las llamas resisten el vendaval y las lluvias si las avivan mediante un acíbar oscuro y untuoso (un jugo alquitranado), que extraen de los pozos descubiertos por la prospección (los exploradores del subsuelo).

El control del fuego ha modificado los hábitos, excepto los caribes y el clan desollador, ninguna comunidad ingiere carne cruda o carroña, de modo que la alquimia de la combustión ha mejorado la dieta y las digestiones. Las tribus empezaron a fabricar tecnología de fabulario, cajas fuertes, anzuelos, buriles, herrajes, arados, nuevas armas arrojadizas, contundentes o incisivas, sables capaces de partir en dos las adargas (escudo) enemigas. El polemarca (arconte) conquistador de la antorcha olímpica, Ochpantizli Cuatro Pico de Azor, exaltado por la victoria, decretó el advenimiento del almanaque sensato, durante un discurso que duró varias horas hipnóticas, para sus destinatarios, un pueblo atraído por la corona de seis puntas perladas, el cetro del halcón y la trábea senatoria (vestidura talar para ocasiones solemnes). Mediante un estilo llano que le permite plantear enunciados y consecuencias cuya simplicidad pone en duda la inteligencia de quienes han ignorado el fondo del asunto, remató el mitin con el mismo énfasis aclaratorio: “Pues ya no sois animales”. El faraón apostólico, conmovido por la pira sobrenatural, ordenó edificar el sanctasanctorum (un lugar misterioso y reservado), una arquitectura imposible cuya albañilería hará devanarse los sesos (pensar mucho) a las generaciones venideras, que mentarán al baluarte promotor del progreso y el bienestar.

Por cuanto antecedente, un hombre muchado, casi una sombra, había traspasado la cerca erizada de púas, se condujo por el dédalo de galerías y habitaciones, eludió momias, trampas y conjuros que maldicen al profanador, halló el hontanar (el manantial) mítico usado por la tercera emperatriz maga como remedio para conservar intacta la lozanía del cuerpo y diáfano el pensamiento y apacible el carácter. Apenas se entretuvo con los efluvios cálidos que ascendían desde las termas, evitó recrearse ante las ninfas y los efebos que adiestran en las artes complacientes y el refinamiento amatorio. La correría llega por un ramal, entra a la biblioteca, tantea, investiga entre los fardos, agarra unas libretas y un puñado de papeles.

En la posteridad, una políglota, capaz de interpretar el idiolecto del lémur² (genio maléfico etrusco), traduce el contenido impreso y obtendrá, por resultado, una redacción pulcra, legible y libresca. Nahui revisa el curricán (fibras de pita) que confiere unidad al botín. Escampará pronto, piensa, mientras trajoja (pasa páginas) cada vez más despacio, se detiene, los caracteres le parecen garrapatos, diminutas hormigas aplastadas, insectos cadavéricos en líneas equidistantes, tal vez sean lágrimas eneolíticas (anteriores a la Edad del Bronce), derramadas por la diosa Hatuey sobre las extirpes condenadas a cometer dos veces el mismo error.

Solo cuando acomoda la valija bajo el balandro (si la canoa llega a estar cubierta y tiene al menos un palo), en un claro entre la fronda selvática, las playas boreales (norteñas) y el desembocadero fluvial, claudica, prorrumpe en un arrebató colérico, despótrica (sin consideración ni reparo), zarandea

unos árboles menudos, intenta arrancarlos, lanza una diatriba (una crítica) contra no sabe bien qué o quién, pero claramente responsables de su malestar. La ira explosiva añade un batiburrillo cerrado a la tolerancia, algún inciso soez y expresiones ininteligibles, va desgranando la mazorca de su fatalidad, cierta o imaginaria, hasta que sujeta con la mano crispada una coronta (un núcleo) de esperanza con virtudes orientadoras. Recupera el sosiego y la paciencia, se deja mover por la misericordia, o la fe si falla todo lo demás. No más arrebatos, pacta consigo mismo, la violencia solo engendra violencia, adiós amargura de mierda.

Vuelve al rol del deuteragonista (inmediatamente posterior al protagonista), mira el argumento desde fuera, para orientarse por entre desvaríos (de loco), las acechanzas (espionajes), su estrella (sino) mezquina y la corriente procelosa (el ritmo tempestuoso) de lo cotidiano. Necesita vencer al enemigo que lleva consigo (el salvaje), subir los nueve peldaños al primer cielo (la virtud), arribar a un puerto legendario (las provincias democráticas, por extensión, Europa), encontrarse a sí mismo, encontrar los reinos civilizados cuyos habitantes dialogan de bien a bien y aprenden a leer la estrellería abstrusa (difícil) siendo apenas benjamines.

Tras desfogarse, enjugó la frente ceñuda usando el dorso de la mano, roza el flequillo lacio que suele recortar a capricho con el borde filoso del caparazón de un armadillo. Durante los intermedios, liberado de cargas formales, entretiene el ocio acicalando su melena, los mechones tintados y las guedejas (una parte) azabache, los flecos en hilvanes que reaccionan al

gesto brusco y tintinean apenas, delatando la presencia del ornato. Exhibe conchas mínimas, zarcillos y crisólitos (arandelas y filamentos), seleccionados para calmar las ínfulas orfebres, ebanistas, eborarias (relativas al marfil), poéticas, tejedoras y estilistas; un lapso sin demonios en que no ocurre nada distinto a coleccionar resinas maleables, espejuelos (yeso cristalizado en láminas brillantes), fulguritas (roca tubular vitrificada por el rayo) y semillas ebúrneas del corajo panameño (cualquier aderezo minúsculo). Adiciona un sartal de huairuros y pinjantes (habichuelas coralinas y joyas colgantes) a los aljófares, engarza limaduras óseas de dinoterios (elefantes antiguos de colmillos curvos) y osteolitos (fósiles) y pequeñas plumas tropicales. A continuación o en otro momento, con utillaje rudimentario, elabora, recorta, zuñe (elimina imperfecciones), cicla (pule, abrillanta) y obtiene formas originales o sóliticas, aretes, imperdibles, cintillos, broches y botones nacarados, que terminarán por un azar laborioso en su melena.

Junto a la altiplanicie donde los años dejan de ser una carga para los hombres, desescombra los vidrios lunares regoldados por el ombligo del mundo (minerales expelidos por el volcán Popocatepetl). Un cóndor tremebundo aparece en el confín, quizá un ñandú cretácico (una avestruz espeluznante), o el zopilote fúnebre (un buitre surrealista), desciende en picado desde los avernos del cielo aborigen, obedece al hambre, al brillo de los oropeles que subyugan su instinto cazador, traza un vuelo ofensivo, balístico, fulgurante, hacia la presa erguida.

El homínido acuciado, pondera, infiere, dirime. Opciones: morir, luchar, huir. Entretanto, ha oído una voz, tan enfática y grave que busca en derredor a un hablante sólido. El lado salvaje de su conciencia poliédrica ha tomado el mando, impone un lema simple, válido, universal, ácrono (refractario a la leyes del tiempo), debe proteger lo más valioso, su vida y la de aquellos que no pueden hacerlo por sí mismos, conlleva ir contracorriente, luchar, copiar a los ancestros, fueron guerreros, místicos o artífices, fueron campeones, vencieron, ayudaron a vencer, alentaron el fuego, dejaron escrita la consigna del luchador en la prosa molecular de las dinastías. Precisa coraje, más una praxis (un enfoque práctico), encajar el presente, prescindir de aditamentos, camaradas, armas y componendas. El pensamiento crea acción, por consecuencia, estira los brazos al frente, los separa como si estuviera abrazando un tronco orondo y hace restallar una palmada única, tajante, sonora, conclusiva. No hay estridencias sobrenaturales o zarandajas eruditas, pero sí logró amedrentar al urubú saxátil del conformismo (la rapaz metafísica que se adhiere al ánimo, el buitre físico hospedado en los cerros peñascosos).

Toda reacción intensa, tal vez un pico inverso de glucosa en su torrente sanguino, deja al mapuche entre propósitos y veredas absurdos, dubitando tras los presagios de las gemas oraculares cuyo consejo permite desandar la senda tomada por error. Desde otra manera de mirar el panorama, ha capeado el segundo incidente del día, luego, la suerte rola (gira, sube, tuerce, retrocede) como el viento, además, solo chispea y la barcaza podría estar lista en pocas horas. Sonríe invicto, asume la

supremacía de los suyos, sobre la selva y las otras especies, advierte la misma actitud confiada y alegre que tuvo al cumplir la edad legal para emanciparse. Divaga. Hay acontecimientos únicos o experiencias o heridas inesperadas que alteran el curso del resto de una vida. Antaño había querido guerrear, cazar, tener esposas, criar prole, idolatrar al apocrisiario (emperador), contentarse, coleccionar lustros, servir a la patria y antes de todo alistarse en la enorme cabaña cuartel, donde los quintos se involucran en la ceremonia iniciática y el acto de clausura, entre ambos, un adiestramiento selectivo combina lo militar, el cariz cívico (normas que atañen a la convivencia pública), el aspecto docente y formativo, la cuestión religiosa y la dimensión ascética (orientada al perfeccionamiento espiritual). Hogaño (contrapuesto al pasado, distinto del futuro) evalúa en su totalidad lo aprendido y concluye que no le prepararon para repeler el ataque de las bestias, empero, sí asimiló el nivel teórico (el armatoste conceptual) y los conocimientos aplicados, al igual que los demás cadetes de cada promoción, iniciados en un curso preparatorio (propedéutica), sin distinguir oficio, especialidad o artesanía concretos. Para obtener el visado púrpura y la plena capacidad jurídica, tratan generalidades, lo fundamental, la mecánica del apareamiento, el valor dado a la familia, el origen de los clanes, un listado extenso de conocimientos, manipular el curare (paralizante), hacer mortífero el roce del dardo, el abatí analgésico, cómo neutralizar el tósigo (veneno) o elaborar charape (bebida con pulque, panocha, miel, clavo y pimienta); reciben adiestramiento sobre técnicas de combate y participan en torneos donde los luchadores pueden golpear con cualquier

parte de su anatomía, excepto con la pierna que les trabaron a un árbol. Las asignaturas son ordenadas por la ancianidad rectora, permiten adoctrinar, instruir e ilustrar. Siembran una mentalidad de respeto escrupuloso a la ley, a los mayores, al barón soberano, inoculan la savia del odio hacia el enemigo y nutren el temperamento para conseguir una actitud responsable que ayude a sopesar, con templanza, los actos propios y sus consecuencias.

Las sucesivas victorias militares del general vaivoda, Ochpantizli Cuatro Pico de Azor, han ido añadiendo estratos al bagaje consolidado del saber, por cuanto que rematan el saqueo, la invasión o las campañas de represalia, pero dejan intacto el orden establecido en las aldeas, más aún, absorben las costumbres foráneas, el acervo tecnológico, los ritos matrimoniales o funerarios, incluso el modo de copular, durante una transición que acultura a los vencedores y deja intacta la rutina social de los vencidos, completando así una paradoja histórica (una contradicción aparente o velada).

La escuela, monasterio, cuartel y laboratorio, Calmecac, filtra al alumnado según sus aptitudes. Unos aprenderán procedimientos rituales y preservación del fuego, los novicios. Otros reciben entrenamiento específico que endurece el carácter y aumenta la tolerancia al dolor intenso: los cadetes. Una minoría, favorecida por influencias familiares, aprende a mandar, simplemente. Cada trienio, merced a un talento paladino (claro y notorio), alguien es promocionado a transportador especialista o accede a los entresijos del archivo notarial y la escritura anudada. El resto seguirá itinerarios diversos,

empiezan a destajo como aprendices, atienden encomiendas, roles agropecuarios, serán lacayos que recogen las presas en las cetrerías y las partidas de caza con hurón, arriman capazos en las obras, cuidan el atrezo en los certámenes gladiatorios, portean, catan, empujan, arrastran, sirven, sostienen, recaudan, entretienen y lo que haga falta, atendiendo al criterio del caporal intendente. Durante el período de instrucción, los conscriptos (internos) practican el compañerismo o la camaradería, comparten valores y penurias, fraternizan, beben atole o pulque, mastican coca y fuman cáñamos y hojas arrolladas de tabacos cubanos. Aprenden a hombrear³ (aparentan empaque y compostura propios del adulto).

A las primeras sesiones lectivas compareció el maestro yumeco de claridades, Jimagua. Diserta como si pintase colores y figuras en movimiento, simplicidad; atento al ritmo, cuida el timbre, las pausas, modula una voz que atempera el ánimo inquieto. El alumno quedó abstraído por la oratoria del rétor letrista, su forma de compasar el discurso, induce a pensar con los sentidos, ayuda a intuir conceptos, permite ver y palpar las ideas, como si su cabeza fuera un lenzuelo (una sábana) donde estampa y borra un sinfín de artefactos y excipientes ilusivos, gente de los cuentos, fenómenos o chacras (o alquerías) y toda suerte de ocurrencias inéditas pero comprensibles.

Otro día bajo el umbráculo de framboyán (a resguardo de la solanera), tras imantar el interés del estudiantado, la alocución adquirió un sesgo enrevesado. No entienden al dómine innovador, que verbaliza como acostumbra hacerlo, sin elaboración previa, según discurre y piensa a voces, sobre

ballestrinques (anudados) y emoticonos, defiende la conveniencia de modernizar los hábitos, el idioma, la presentación del idioma, corregir la inercia a la pereza, me refiero a unir caracteres en palabras, montar frases y párrafos, etcétera. Las gentes, a cualquier hora, crean y transmiten o reproducen detalles, nadie existe sin emitir o captar información. El último dogma quedó flotando sobre la escorrentía de alumnos que se había agolpado contra la empalizada para presenciar el desespero de un coatí, inmóvil entre las fauces ensangrentadas del ocelote. Nahui, ajeno al espectáculo, permaneció sentado sobre la estera, sumido en sus averiguaciones intelectivas, ha decidido ser orador o parlamentario, dominar la elocuencia, aunque evita considerar de inmediato las dificultades que plantea (su intrínquilis).

En esa torrencera de sucesos inconexos, el hijo de un metalúrgico y una comadrona, otra vez bajo la lluvia tropical, entresaca al azar cabos sueltos desde su memoria episódica, paseos noctívagos, una cesta con buñuelos de yuca, risas contagiosas, pálpitos, la voz lapidaria (concisa y solemne) del venerable preceptor cuando mencionó la falta de humildad en el corazón avariento, el que mata o muere por negar la evidencia, a propósito de Milcíades, cerrando sus tribulaciones mercantilistas con una sentencia candidata a repetirse en los foros letrados: “La rueda no sirve para la jungla”.

El recluta había pasado aquella noche despierto por una imaginaria (con tareas de centinela), al raso, bajo una bóveda celeste sin abalorios ni luces poéticas. Aprovechó el silencio y la quietud del campamento dormido, mastica paloduz (raíces

de regaliz), medita, por así decirlo, a falta de la parsimonia o el detenimiento con que reparó en el color de su piel, más pálida que la del resto de nativos y menos resistente a los perjuicios solares, se pregunta si la tonalidad turquesa en su mirada será suficiente para domeñar o cautivar a Maru Duchibela, la mujer hembra asegura que los hombres demonio de las profecías y las entidades del inframundo, los teules, poseen la misma arrogancia en el cristal de los ojos, dando a entender que le impone respeto, pero eso no significa nada, también el Machu Picchu infunde consideración.

El aguacil, a solas con sus devaneos, rememora la sonrisa entre ingenua y maliciosa, la pulpa de sus labios de remolacha, el movimiento en las protuberancias dominicales que cimbrean bajo el sayo ceñido. Estuvo a punto de rendirla por completo, pero a última hora lo separó con las dos manos diciendo: “Haz méritos y tendrás la ración entera”. Desde entonces, la exuberante Maru le saluda siempre con la misma expresión misteriosa: Ficbuc (no significa nada porque es inventada).

El soldado de guardia, el astillero en los arenales, deja el tema de su indigencia afectiva para más adelante, reflexiona en el sentido accesorio o principal de los sucesos que en sí mismos son triviales, aunque propician las siguientes vicisitudes y estas, a su vez, originan más eventos y un desenlace final, el que se clava y duele como una saeta, mientras los sanadores yerberos no encuentran causa cierta o remedio válido. Ratificó su vocación profunda, quería transportar datos, ser un sabedor, semejante a Pachacuthi o Atahualpa, convertirse en tlacuilo, regentar una casa de

códices, rendir pleitesía a la diosa erudita, Xochiquétzal, superar la oposición, cada examen, entrar a la escuela de escribas, aprender, conseguir nombramiento de numerario (fijo en plantilla), abarcar nudos semánticos, linajes, caligrafía experimental y más desempeños: topógrafo, agrimensor, letrado, contable, enseñante.

Aquella aspiración había sido un cataclismo doméstico, Ñamandú reprochó al hijo su amaneramiento burgués, aquí no hay sitio para ilusos y vagos, serás un hombre de provecho, ya tuvimos suficiente con tu tercer abuelo, el pobre, con el cuento de notarse un agobio por dentro, un sinvivir, un no sabe qué, dejaba a la parienta repantigada y se ponía a bregar en la cocina, indiferente a los comadreos y el oprobio (la afrenta), defendió que guisar era un arte y por ende un acto neutro y válido para cualquier género creativo. Más allá de las excusas y los ideales igualitarios, ensayó las mezclas, el sabor clásico aderezado con notas sorprendentes e inesperadas, se hizo especialista en confites y postres, lo recuerdan por añadir canela a las natillas y azafrán o pinole (polvo de soconusco) al bizcocho. Dio a conocer la primera tableta crujiente de chocolate sólido, pero el formato no cuajó entre los usuarios, acostumbrados a la versión líquida, entre picante y amarga y levemente dulce y energética del cacao.

Ñamandú, a su manera, puso al abuelo como ejemplo del hombre estrambótico, de poca virilidad y menos fortuna, a continuación exhibió su bíceps descomunal, esto lo tienen los machos, no las marimoñas que van por ahí con las uñas pintadas, mentalízate, madruga, sufre, trabaja duro, haz que el

comandante se fije en ti. Siguió elevando el tono de la voz mientras sermonea al primogénito, deja claro que las élites comendadoras y la casta edicilia son quienes eligen el curso del mundo y emparejan el orden natural, los demás, sin privilegio, concesión o dispensa, no pueden sustraerse al estigma con el que nacen.

El mester de escribanía, tras el licenciamiento, cerró el caso, sin dar explicaciones ni creer que fuera necesario justificar el poderío de la ley, apenas dijo: “Imposible, serás temporero”. Ergo, el liberto irá recibiendo tareas esporádicas, encargos y desempeños comunales, desmarojador (quien arranca las hojas inútiles), buzo cosechero de esponjas marinas, peonías. Solo cuando pasaron suficientes jornadas sin que hiciera nada distinto a anhelar, comer, dormir y laborar, supo que estaba atrapado en una doblez de las circunstancias, como la rueda en una manigal (bosque pantanoso e impenetrable).

Desde otra perspectiva, ningún Yupani ha sido un titán memorioso o sesudo, ninguno tuvo facultades preternaturales, una fuerza excepcional o una capacidad abrumadora. Ñumandú, el padre, aunque es un gigante halterófilo (levantador de pesos), tiene unos hábitos, una mentalidad y un proceder rudo que desdican el refinamiento paciente y la sensibilidad erudita de los transportadores olímpicos. Eréndira, la madre, promueve la vida y la perpetuación de los linajes, pero por su condición de partera y nodriza. Asegura componer la suerte con sus adivinaciones, en el fondo induce a las consultantes a encauzar su energía y sus pensamientos hacia un devenir que, si

bien puede acabar como predijo, tiene una explicación diferente al don profético.

En resumen, el recluta intentó un epílogo para sus destellos filosóficos, darse ánimos, agarrar una certeza, al menos creer que un día promocionará, será persona, casi feliz, en plenitud. Había reflexionado a propósito del gurú Jimagua, reparó en su afán por manipular a los demás, recordó a Maru, al tercer abuelo y su excusalí (delantal pequeño). A la hora del relevo sigue enmarañado en sus disquisiciones, consideraba ese afán por descubrir, atesorar y divulgar verdades absolutas que, curiosamente, nadie más conoce ni sospecha. Gritó al camarada que sin novedad en la jungla, y arrancó con paso ligero hacia los barracones, convencido de que allende hay un otro mundo fascinante y vertiginoso, no apto para rezagados y somnolientos. La amplitud del temario impone, debe aprender rápido, asumir nuevas habilidades, queda un grande trecho hasta obtener el visado por cuya virtud se convertirá en manumiso (libre).

A mitad del semestre lectivo, entró al aula un adivinador presbítero (sacerdotal), tras postergar a otro ministro zoroástrico y al oficiante arreglista o Armin Van. Era enjuto, óseo, melenudo, de maneras amplias y mirada ingenua. Hizo una reverencia teatral sin presentarse, clavó tres estacas en el suelo y acopló al trípode una pizarra grande e irregular, después dibuja a tiza un embrollo de guarismos, arcanos y símbolos raros, más unos trazos mal parecidos a una raspa aumentada.

Solo cuando empieza a hablar, adquiere entidad orgánica, disolviendo la entelequia que le rodeaba. El sonido de su voz

suenan afectados, cual una mujer que finge ser varonil, señala los jeroglíficos y anuncia que la cuenta oficial de los lustros en el calendario están confundidos, por sabotaje, anomalías mecánicas de los ábacos, o manipulaciones populistas, o por impericia, o excesiva carga burócrata. Apenas concede una pausa y prosigue, en apariencia, con su teoría rocambolesca (exagerada, inverosímil), o quizá, en una actualidad menos evidente, intenta prender una chispa subversiva. Mechique explica los fundamentos de su terrible descubrimiento, habla sobre la estrellería diáfana, el grafo dibujado por el tránsito del cometa juglar, las idas y venidas de los siete ciclones mañaneros, las siete reventazones del volcán energúmeno, los ocho nodos cabalísticos deducibles a partir de la alineación luciente observada durante los ortos bobos (al ocaso, en la alborada), más otras evidencias, señales, métricas y pronósticos verificados por la comunidad de calculistas y astrónomos contadores. Asegura haber encontrado sumas incongruentes y restas arbitrarias en la contabilidad pública, tachones y raspados, letra pequeña, embolicados, deuda infinita, cargos absurdos, redundancias jocosas; en resumen, una cronología ficticia, pues atraviesan un capítulo histórico posterior al reconocido por los decretos, ulterior a las lunaciones que manejan las generaciones más añosas.

La revelación produce un primer estupor entre el alumnado, una oleada de murmullos. Enseguida manda callar y propone un corolario, sin preocuparse ahora por disimular su intención de adoctrinamiento. Como no están auspiciados por el dios dador, Nanahuatzin, quien se parió a sí mismo, los ruegos y ofrecimientos serán elevados al noveno sol regente, Otihuacán,

quien mueve los mundos. Pedid que interceda, ataje las calamidades y haga prosperar vuestras cosechas y embarazos.

La noticia resbala por cada discente (alumno) de igual modo, deja un sedimento captado con el núcleo del discurso, la conflictividad sin término, el descontento, la excesiva parafernalia de los triunviratos recursivos, la ojeriza entre paisanos, la resignación de los humildes. Los quintos, por edad e instinto, piensan en lo inmediato, quieren graduarse con honor, salir al exterior, agarrar a una mujer hembra, vivir la adultez. Tienen la sensación de estar perdiéndose algo bueno, por ende, rehuyen la complicación, meter baza (intervenir en asuntos ajenos), implicarse con los anacronismos de Mechique y la arenga subrepticia que induce a participar, suscribir o alentar una revuelta civil. Mejor dejar las cosas como están, deciden al unísono, saber mucho es tan malo como no saber nada, dicen para sí mismos, sin oír la malla de coincidencias urdida por el espíritu común.

El preceptor cierra el preámbulo, meramente tangencial, inserta un silencio estratégico, quizá para permitir que el auditorio discurra, puede que intentase intrigar o acaso daba a entender el contenido solemne del tema siguiente, esta vez coherente con el programa obligatorio. La capacitación exige aleccionar sobre el fuego nuevo, una realidad custodiada por mercenarios y aporreadores, a las afueras del templo relumbrante, frente al adoratorio de las deidades clásicas y las estatuas de barro cocido, donde aherrojan a los entes malignos señalados por la profetisa, una anciana inmemorial que aparenta ser pubescente y es capaz de anticipar el fátum (porvenir)

olisqueando a los consultantes. Alrededor del palacio de encantos existe un tráfigo continuo de mercado grande. Hay maestros orífices y bisuteros preciosistas, que purifican el mineral, pulen metales, siluetean amuletos. Hay talleres y curtidurías donde empezaron a tratar una suerte de papiro. Echan escoria, cal y cortezas madereras, aplanadas a mazazos, esperan un hervor, el peonaje es llamado al orden, conque deben incorporarse a la cadena de procesamiento: frotan con lija el producto, troceado en rodajas gruesas, advertidos de las consecuencias en forma de regañina o azote si no trabajan rápido y callados y obtienen, al fin, una lisura sin tropiezos en cada una de las obleas con que los sabedores están sustituyendo el modo de producir, almacenar y transmitir la información.

El progreso tiene un vórtice, como los ciclones. En la edad sensata, parecen ser los innovadores alcohólicos, considerando la predilección y el fervor que obtienen de los burgomaestres achispados. Antes del favoritismo, supieron ligar hierbas y raíces y frutos, con buen criterio y mejor estómago. Usan enormes calderos, alambiques, redomas y alcallería (vasijas); filtran, destilan, subliman, decantan, cuecen, miden, tiran todo y vuelven a comenzar el sinfín de permutaciones, intercambios y analíticas, hasta obtener una fórmula original y variedades fermentadas de agave, mezcal, licores espirituosos y angosturas; cuyo grado de causticidad, dulzura o amargor y su dureza ética aderan (tasan) haciendo beber la golosina a los prisioneros esclavos. Adyacente al gorgotear y el burbujeo en el aire aromático que exhalan las bodegas, ubicaron el área científica y de investigación. Ocupa una chinama endeble, fabricada con adobe y tepetate (conglomerado arenoso), entre cuatro estacas

esquineras y una cubierta de zarzo (mimbres y juncos tejidos). En el portal, a la intemperie, un manito inventor chasca pedernales, pórpidos; convencido de que, tarde o temprano, una miga incandescente prenderá la fajina (leña ligera). Más allá del ruido y la telaraña de olores, se extiende el distrito residencial, un tridente de avenidas con rotondas y estanques y lacayos ambulantes que asisten a las señoras principales si padecen un sofoco, un vahído, una fricción, cuando pasean bajo el tafetán de las sombrillas. Las parcelas, dispuestas en hilera, tienen jardines suntuosos, estatuas esculpidas con setos, hontanares helénicos de alabastro y bohíos adosados a las cabañas ministeriales. Desde las terrazas los archimandritas y dignidades contemplan la extensión panorámica, el sortilegio impreso en los sasafrás (árboles lánguidos, árboles perfumados), los acahuales vueltos hacia el artificio solar, las obsidias alrededor de la hoguera grande y viva del poder que evidencia lo divino inefable (teofanía). Entre los humildes nadie ha conseguido acercarse, pero todos saben que está allí, oyen la cadencia monótona del canto coral de las mamaconas (ancianas castas) y las ménades (celebrantes), alientan al fabuloso animal rusiente (como un metal encendido), cubierto por encrespaduras y venas sinuosas y espigas radiantes, oyen el crepitar, el crujir, como de huesos rotos, el azogue que consume la charamusca y los leños, oyen desde lejos la virulencia de sus eructos, que rocían el aire con una exhalación de minúsculas centellas fugaces.

Considerando la veracidad notarial atribuida a un apuntamiento (extracto) rubricado por el oidor titular en la Audiencia de los Confines, en el quinquenio del tecnócrata, Outbe Casi Alcotán,

un charro de Vitigudino, con notable pulso y excelente desempeño, encontró un modo eficaz de reproducir el milagro de la ignición. Sintetizó la complejidad formal y el procedimiento técnico en una frase: “Atina a chascar dos piedras sobre la tamuja” (hojarasca). Hasta entonces, habrá un manantial raro de greñas y arroyuelos encendidos y mechones ardientes, devorando la pinaza y las conjeturas, robustecido con hulla y fermentos de un sapropel compacto y mucilaginoso que extraen mediante una minería penosa.

El ombligo del mundo atrae a las gentes de la ciénaga, a los continentales, a los habitantes del páramo, a isleños y forasteros ambulativos. Llegan con un cetro rutilado o un báculo de peregrino o un caldero que también usaron como tambor, tras sobrevivir a los últimos embates monzónicos o algún pillaje devastador, convencidos de que el negocio amistoso y la diplomancia prudente generan un beneficio mayor al obtenido por la fuerza. Las consortes se llevan las manos a la cabeza, dejan claro que su situación es crítica, desesperada, y entre lamentaciones ruegan que alguien me haga el favor, por la deidad Jurupari, de avivarme este rescoldo cabezón.

El tropel de peticionarios, aduladores, también espías y beatas, desborda el lugar (entre villa y aldea), con tanta frecuencia y tumulto que acabó por trastornar la convivencia tribal y el quehacer ordinario, más aun, la crispación y el descontento convirtieron las riadas humanas en un problema de Estado, que atañe al orden público, por consecuencia directa, intervino una cabeza pensante del director canciller. Amacuro es un hombre retraído, aunque unos polemistas defienden un parecer distinto,

puntualizan que desarrolló un talante reflexivo y cauto por o para prevenir la maledicencia. No importa, un dilema grave requiere su atención, necesariamente ecuánime.

La cordonería de los nudos biográficos retratan un semblante adusto, unas manos entrelazadas a la espalda, una doncella fenicia que sigue a la silueta pensativa por la hacienda y va difuminando sus huellas, por una creencia supersticiosa y un fervor maternal. El estatúder jurisperito admite esa manera primitiva de confundirle los acechos a la chachalaca de la muerte, y entorpecer las intrigas del estamento terrateniente o la oficialidad avarienta, como si al discurrir paseando dejara un óvalo narrativo de incriminaciones sin rigor probatorio, que deben ser borradas al instante con el mismo empesador despeluchado de raíces silvestres que usan los tejedores para atusar las urdimbres del lienzo.

Luego, este sentido exacerbado de la prudencia, incita a los detractores del lexiarca asesor Amacuro a propalar campañas difamatorias, a torcer el equilibrio del talión (pena idéntica al daño causado). Amparados en las muchedumbres, prejuzgan y extienden una legalidad paralela, arbitraria, oportunista, favoreciendo la misma prepotencia severa que intenta corregir. Entretanto, los cuestores de oficio siguen empantanados en la torrentera sin contención ni enmienda de la malicia humana y la firmeza tardía con que publican sus edictos conclusivos, donde por cada litigio sometido surgen cien pendencies con mala pinta, riñas tumultuarias, amojonamientos falsos, cláusulas, dotes, martingalas, hostigamientos, repudio, afrentas y machetazos y bastante saña (ira, enojo, también rencor, crueldad

vengativa y deleite al ocasionar el daño). Ajustician a pródigos, tahúres, agoreros delincuentes, brujas, proxenetas, ladrones, adúlteras, timadores, chantajistas, gentuza (la peor calaña). Todos cercados por el aura pensativa del oráculo inminente, ajenos al haz de nervios tras el pensador, acostumbrado a la voluntad antojadiza de los régulos comendadores y al trato aséptico con las once emperatrices ilustradas, habituado a las digestiones favorecidas mediante tisanas de anís y eucalipto del caudillo emperador, las que aprovecha para hacerle una visita, departir en tono informal y entre infusiones, deja caer algún asunto espinoso, un indulto, algún aumento presupuestario. Así funciona la política, comenta después a su ordenanza.

Amacuro vigila los impulsos de la casta influyente, la que levanta y sostiene imperios, pero cuyo desaliento puede, también, aniquilarlos. Es un analista que sigue las fluctuaciones del estamento humilde, un sabedor avezado en los rudimentos de la plática persuasiva, verbigracia, justifica la lentitud con que transcurren los formalismos, dando a entender la irrelevancia de la voluntad humana en el orden burócrata, las cosas de palacio...van despacio, asevera, entre sarcástico y paternal, e incluso, entrañable, según la sensibilidad femenina.

Los días previos a la sentencia, le vieron cogitabundo (muy pensativo), inmerso en su andamiaje conceptual, alambica hechos, detalles accesorios, considera la casuística (los supuestos singulares), atiende la jurisprudencia, el parecer rústico, tamiza el fárrago, usa el cedazo del sentido común y extrae, punto acápite, la savia resolutive. Así pues, con el

veredicto ovillado en una cabuya de bramante, convocó en la plaza consistorial a la población leguleya (quienes no dominan el bisturí jurídico). Esa fecha, rodeado por una escolta ligera de auriñacienses cejijuntos, dirige al vocero sobre el brocal del pozo de los deseos, para que publique a gritos el veredicto. Primero reconvino a las mujeres por azuzar a los esposos, a quienes reprocha su falta de solidaridad (ayuda, defensa, favor). La voz discreta del decurión convertida en torrente mandó callar a los alborotadores que vindicaban el derecho a no sentirse extraños en su propio terruño. Aún no he terminado, pido respeto, pido misericordia con los males ajenos, paciencia con los propios, pues estas turbas molestas de migrantes, hortícolas y pedigüños tendrán su remate cuando aprendan a buscarse la vida y enardecer la yesca. Era una apreciación objetiva, controvertible o no, repetida en su literalidad en el campamento monástico por un proveedor con pretensiones incendiarias, parco de carnes, voz aguda, mirada oblicua y rostro apergaminado.



N.B. - GLOSARIO

1 ↑ El botánico Héctor Weberbauer y la agróloga Raquel Wallace.

2 ↑ La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza alerta del peligro de extinción inminente que amenaza a los mamíferos denominados lémur.

3 ↑ El regimiento abandona el sentido civil de la realidad, sin detectar las cerbatanas camufladas. Primer mandato, no piensen tanto, sientan, respiren, compartan aire, el aire trópico, olviden a padre, no son futbolistas, olviden a madre, no son pitusos, empiecen a pisar el suelo, porque cuando acabe con usías desearan haber nacido con la mismidad de Once Hierro y la ligereza del pensamiento. Un día, en algún momento, significa hoy, ahora, la mayor distancia que recorrerán empieza dentro de vucencias, no he venido a dar arengas incendiarias, apenas un recordatorio, no practiquen la promiscuidad, sean un hombre no más, por tanto, con derecho a siete -solo siete- esposas. Aquí viene el recordatorio, soñadores, voy a echarles tanto sufrimiento encima que les hará aguzar el oído, para que el gran jefe no deba repetir dos veces cada orden. Pisar -es imperativo- la tierra, no sé su parecer, pero es áspera al tacto, templada, patriótica, sempervirente, huele a mujer, a buena mujer, podrá estar asilvestrada, reseca, en barbecho, con inundaciones; no importa, es el único terruño que soportará sus ronquidos, como buena esposa, hasta el final de sus desordenadas juventudes. Aguantará a cada uno de los herederos de mal parecido que prolongue la estirpe. La cuestión es simple. Segundo mandato, trabaja duro y ganarás trofeos, hazlo en equipo y conquistarás mundos.

II

EL CAIQUE ESTÁ RECLINADO SOBRE EL varadero, cubierto por una frazada de aljófares y perlas menudas y adioses líquidos, que espurrea el océano en cada uno de sus resuellos de ballena asmática.

A principios del siglo de los días felices, una fundación gestionada por particulares, con fines divulgativos y patrimonio subvencionado, rehusó publicar, en su gaceta sobre sociedad y naturaleza, un artículo rubricado por el investigador americanista, Jaime Smith. Es verdad que hay una cizalladura (deformidad) antipática entre la editorial republicana y un monárquico, aunque aducen el tono excesivo y agorero encontrado entre líneas, subrayan una muestra: La temperatura ambiente y sus fluctuaciones bruscas hacen eclosionar a destiempo las huevas de los anfibios, las tintoreras preñadas agonizan sin las aletas que le cortaron los marchantes furtivos, sobre las costas yacen sirenas escamosas y engendros con agenesia, cuyo peso requerirá varios porteadores para su traslado. En resumen, una columna de opinión exagerada y alarmista, que empuja al capital especulativo a contraerse.

El ensayo entró y salió de papeleras, cajones, archivos; sin que nadie le prestase atención o lo destruyera, recorrió cinco carpetas, tres baúles, algún mamotreto, hasta recalar en un lote de antiguallas, que el magnate Orlando Gascon puso en circulación mediante una subasta para mitómanos adinerados.

La adjudicataria facilitó una copia literal al comediógrafo Eduardo Amendola, que a su vez tuvo a bien regalar un facsímil a gente del cine y en pocos días el supuesto códice era de dominio público.

Ed leyó la crónica local narrada en tono literario por los anudadores biógrafos, los trípticos archivados por los sabedores, la afectación y los tres espíritus de Nahui, el estilo mendaz, su manera ansiosa de buscar compensaciones afectivas mediante el drama. Como pulcro argumentista y dado a recomponer las torceduras de la imaginación, dictaminó: “Son novelerías”. Empero, parece ignorar a quien necesitó construirse una solución a medida, un batel para escapar del predio de chabolas, albercas y corrales, donde barrunta, por indicios estadísticos, que envejecerá ignorante, con la expresión patibularia del ceño apretado y la sensación de haber perdido la dirección en la torrentera del esfuerzo infructuoso.

En los astilleros, vadea un calendario inventado, los duermevelas, la infracción que cometió al salir del convento para barzonear al raso (vagando por ahí), agobiado por los demonios de su jungla interior, la serenidad paralela al azogue, los rumbos contradictorios que el amigo hermano Irepane y la bella sonriente Maru, suscitan en su cabeza. Con la lógica ineluctable del verbo pluscuamperfecto, ha perdido el rastro del cachorro que perseguía para desclavarle un coendú (parecido al puerco espín). Aparca el nervio analítico y las ideas recurrentes, conmovido entonces, por la crueldad del camalotal (a orillas del pantano), donde la vida se alimenta de vida. Por un impulso espontáneo hacia causas perdidas de

antemano, el novicio emprendió una cruzada redentora y absurda, se propone corregir el orden primitivo, restablecer la misericordia tras el temblor de cada presa liberada y su regocijo al volar de nuevo hacia una segunda oportunidad. Rescata a un abejaruco en la despensa del alcaudón, bordea un río caudaloso e infestado de machos caimán y enjambres de insectos luminiscentes, que remueven un aire cuajado de olores y crean la alucinación de aquello que no está presente: marisco, rosaledas antiguas, frutas rancias.

Un trecho después, observó los fragmentos a la deriva, parecen salir de las profundidades del bátraco (una pesadilla, un infierno), pues no les encontró nombre ni semejanza con los de su especie, luego, el perfecto oidor apenas entiende la abundante gesticulación del recluta, los ítems recién inventados para el alegato ante el tribunal militar, dice su señoría, fue un abrir y cerrar de ojos !bum!, en esto que llega otro río arrastrándose por encima del cauce primero, me dejó pasmado como un bumbulín (un renacuajo).

Anteriormente, había percibido el aliento pútrido del último huemul andino descuartizado por la fiebre industrial; avista sarcófagos antropomórficos, cacharpas (trastos), follaje caedizo, una siringa (una zampona, un flautín), pomos y albarellos traslúcidos por cuya sumidad brotaban penachos de vitriolo y estelas de serpentininas tóxicas y un vapor mercurial que quiso coger con las manos sumergidas en la corriente neolítica. Zascandilea (sin hacer algo de provecho). Oye a lo lejos el viento grave desde un clarín centinela, un cuerno de venado grande muge, un toque, a la hora en que la morriña confunde a

las crisálidas y la luz de berilo colorea el véspero, y lo transforma en un cuento organoléptico (sensitivo). El segundo bramido resbala por el soto (las riberas arboladas), una pausa, último aviso, el tercer retrueno pone fin a la aventura, se acabó la misión heroica. Llaman a retreta, advierte y aligera al cuartel, cargado de ideales, agobios y cuitas sin resolver.

El infractor fue enjuiciado y deberá cumplir un confinamiento septeno en el bajareque (un cubículo), tan estrecho que duerme encogido. El castigo restringe la dieta hasta la privación total, de modo que muchos días lame el rocío a su alcance, sorbe algunas campánulas que descuelgan por entre los mimbres, incluso, apresó un colibrí al vuelo y lo desmochó de un solo mordisco desesperado. Desde entonces, gobierna el mechinal, cercado por varales, guijas y pellejos que atraen a las moscardas. Piensa, o recuerda haber oído o quizá soñó antes: “El señor de las moscas”. La penalidad, en el fondo, surte un efecto distinto al correctivo, alienta la misma galbana (esa negligencia) que pretende suplir y castigar. Al término, aparece embrutecido, orina a gotas liberianas, sin encogimiento ni recato, contornea la cintura, indiferente a la expectación, riega de hastío líquido la deuda carcelaria recién cumplida.

Irepane ha preparado un agasajo de acocotes (calabaza con aguamiel), sugiere ponerle al día (actualizar sus conocimientos), hace un repaso superficial de las lecciones atrasadas, evita los puntos controvertidos, los más abstractos o metafísicos (difíciles de comprender), repara en los vaticinios bisbiseados por un provicero que lee la geometría radiante de las piedras preciosas, tratan sobre el advenimiento virreinal, vendrán centauros,

unas bestias fuertes, de dos cabezas y cuatro patas y torso humano, marineros con pelos en la cara, que viajan en chalupas enormes y obedecen a un gurú engolado, cuyo ojo extensible le permite acercar los objetos distantes. Traerán la enfermedad de la risa, el sarampión y la viruela, el catecismo, nos traen remedios medicamentosos, saben cegar hemorragias y fortalecer a los tísicos, mentarán a don Camilo, regalan azúcar en terrones, música alegre, coplas y artilugios vistosos, como alas de murciélago que permiten espantar la flama. En un futuro mediato, llegarán los buitres del Viejo Mundo.

Otro agorero, remata Irepane, intenta animar al aborrecido por las estrecheces, incomodidades y carencias del presidio, a continuación explica que el agrimensor más avezado fija los confines en el pliegue panorámico hasta donde alcanza la vista, por ende, el anuncio de ultramar no será distinto a una superstición que cuentan los abuelos a la prole ávida de misterios y espectacularidad. En todo caso, contradice las señales de las noctilucas (la fosforescencia de las luciérnagas), que, de vez en cuando, o con una frecuencia esporádica, salen a propulsión desde el llamazar (la ciénaga), guiando a las ánimas de los difuntos recientes, y pronostican el amansamiento de las bestias y la convivencia pacífica entre las tribus.

Nahui tiene tendencia a la dispersión, a dar muchas vueltas sobre lo mismo. En el displayado, un manotazo súbito de viento ametralla con arena el rostro del charrúa, le cega un momento, pero funciona como un recordatorio. A su alrededor hay un universo de fuerzas contradictorias, reacciones en cadena,

encontronazos, carambolas, turbulencia, reventazones y constreñimiento. Es conveniente estar en guardia, a la defensiva, presentir o anticipar los cambios de tendencia del predador, pues los reflejos retardados, más en la selva, auguran una muerte prematura. Desde mucho antes, tenía pactado consigo mismo una seña realista, hecha a intervalos discretos, para ratificar que no anda por ahí de cuerpo completo, dando estopa y brea desde su imaginación o poniendo tildes estilistas a Maru, sin estar presente en cubierta, sino adormilado entre nimboestratos y refracciones, resolviendo con cuatro brochazos el bautismo de un navío ilusorio, que se esfumó dejándole una sonrisa amarga y un demonio nominativo tal que Rocinante.

No siempre cumple el ritual maniático de confirmación, impuesto para mantener sus demonios a nivel freático (subterráneo), desde que le flechó una marismeña yanomami. Había surgido por entre la claridad del cocotal, arrogante como una ensoñación orgánica que transita desde los códigos a la fantasía. Lleva sobre los antebrazos y contra los pechos pletóricos una badana con acículas y grelos (vegetales envueltos por una lámina de cuero), suficiente para mullir un tálamo (el lecho) de recién casados. Progresa envuelta por una condición esplendente, un recato, un brillo de malicia inocente, con el huipil (sin mangas, escotada, bien de adornos), un anaco faldero (una tela ceñida desde la cintura hasta los muslos), una diadema que engarza pensamientos y jazmines. El esperador, Nahui, baraja calificativos, homínida, saludable, majestuosa, Tlali Nantli (Madre Tierra), la que hace recitar poemas, mujer,

tangible, hembra terrenal, cejijunta, asilvestrada, terrosa, sólida, otra vez densa, perfumada, etcétera.

El vocabulista, bajo la sombra alargada del bucare protector, mira pasar a Maru Duchibela, de súbito, tiene un destello estilista, omite el protocolo de cortesía, la discreción, el análisis sobre las repercusiones negativas, la norma vigente acerca del acoso, el posible efecto distanciador, aun sin malas intenciones, soltó a bocajarro una sugerencia, piropo, alabanza, consejo, delito tipificado, o comoquiera que llamen al acto de dirigirse a una moza para espetarle: “Recórtate los pelos de las axilas, diosa, serás arrebatadora”. La hermosura cariacontecida (apenas turbada por la impertinencia del admirador) no detiene los andares resueltos, clava una mirada de conmiseración, sonrío, transpira pura sicalipsis (encanto), entresaca el ápice de la lengua sin despegar los labios y en ese instante piensa: voy a tener suerte, pero exclama: ¡Gugol!

Analizando con más escrúpulo y a la defensiva el pretérito encordelado en su memoria, tira del ramal de los sucesos antiguos y regresa, en sentido imaginario, al sombreado estilista frente a las plantaciones. Acaba de poner la mano como parasol, para distinguir por la vereda a Irepani, el amigo hermano, causante, a medias, de su mala fama. Tenerlo cerca había sido una expectativa rutinaria, después evolucionó; sucesivamente fue deseo, anhelo, necesidad, inquietud febril, ansia creciente, hoy es desesperanza, otro motivo de ignominia (deshonor).

En la fase vehemente, quiere salir del mundo a punto de colapsar, le estorba, necesita meterse dentro del otro cuerpo con Irepani, como un hombre que también es mujer y anciano y

niño y animal y azalea. Sonríe y calla, está petrificado, tiene ganas de llorar y reír y correr por la pampa hacia la eternidad donde dormitan los soles lunáticos, todo a la vez, apelotonado en su cabeza. La acuarela del paisaje se destiñe, excepto el llanero cazador que está llegando, envuelto por un relumbre (una luz) de colores nítidos. Está vivo y anda rápido y siempre habla sobre temas importantes. El americano tiene la piel sudorosa, los ojos caoba y la tez irradiada desde una sonrisa saludable. Ha estado en una batida de caza menor. Trae una pica apoyada en el hombro, con una sarta de ánades y zarapitos que todavía agonizan. Oye el chistido del amigo hermano y reacciona, muestra el tendadero con una actitud de suficiencia, sin deshacer la expresión ufana o rozagante (complacido, satisfecho), no modera la acritud con los aprendices que le acompañan.

Sorpresivamente, arroja una pieza al espectador. Está trucada y se deformará por la fuerza del agarre, activando un mecanismo burdo hecho con resortes y el tegumento estomacal de un carnero, mal cerrado con respuntes tras insuflarle tequila. La trayectoria se curva hasta finalizar en un estallido de plumas como estaba previsto, suelta los taponamientos y la presión libera un surtidor de chorros hilarantes, que se agotan enseguida y dejan al pavipollo despeluchado dando giros sobre unas manos atónitas. Las carcajadas y rechiflas de Irepani atraen a los curiosos, al aperador (el encargado), a tejedoras de mimbre, cesteras y pedreros, a las muchachas que cogen naranjas en las huertas. Nadie sabe qué ha ocurrido pero la risa se contagia de unos a otros, miran al muchacho pringoso, goteando lamparones de melaza y licor; aprovecharon la

algarabía para tomarse un receso, llenaron el ambiente de ruido, interjecciones, onomatopeyas, voces sin malicia, empero, desde otra perspectiva, por debajo del limo circunstancial de trivialidades, el brazo hercúleo del destino había empezado a martillar fuerte, sobre el yunque donde forja destierros y soledad.

El clan inculca a sus jóvenes una norma básica para la convivencia, que obliga a resolver las fricciones y conflictos entre vecinos mediante una solución pactada y amistosa. Quebrantar este mandato acarrea una respuesta punitiva ejemplarizante, pero exonera los supuestos agresivos con causa en la defensa legítima, el miedo invencible, o la rudeza al negociar de igual a igual, como calificaron la pelea posterior entre Nahui e Irepane. Ambos permanecen juntos, mientras la algarada se dispersa y el tropel de lugareños vuelve a la rutina. Poco después todos volverán, atraídos por el vocinglero y los crujidos de las ramas partiéndose, bajo el forcejeo y la densidad orgánica de dos arahuacos grandes que pelean entre sí, a la hora en que el aire huele a hogueras y tierra mojada en los bancales.

Entre los testigos oculares, unos describen la expresión enloquecida de Irepani, parece a punto de ahogarse con los espumarajos de su propia rabia, intenta inflingir un daño severo al contrincante. Otros deducen que Nahui anda con gusarapos en las tripas y algunos consideraron culpable a Cthulhu, un duende de mala sangre que promueve discordias y animosidad. Durante la reyerta, se repartieron puñetazos como panes, un golpe en la quijada derribó a Nahui, mientras cae hacia atrás el tiempo

continuo se desglosa en una ristra de instantes únicos, donde nace y muere y en medio vive, en parte, su herimiento, el ramo, la pleitesía, los ornatos repetidos en la estela de lirios y borrajas del relleno y la orquídea difícil, cuya floración tarda una centuria en completarse. Solo cuando siente el trompazo contra el suelo, olvida las declaraciones túmidas de lealtad y amor. Encaja el noqueo, se pone en pie, endurecido, arroja las flores esperpénticas y con el dorso de la mano seca la sangre que resbala en hilachas desde su nariz. Está dispuesto a utilizar la fuerza extrema. Irepane había aprovechado el lapso para agarrar un arma ofensiva, experimental, una macana tan larga como un brazo, rematada en un bulbo del tamaño de una guanábana (una chirimoya). Tiene un borde filoso y otro guarnecido mediante púas y colmillos, por ende, permite la contundencia, hacer estallar el cráneo, desbaratar las costillas, hendir, punzar, desollar, entristecer. Nahui, instintivamente adopta una postura defensiva, aprieta los puños, flexiona los brazos, el izquierdo protege órganos vitales, corazón, cuello; la diestra recibe los primeros tajos, que le recuerdan el provecho de espabilarse o terminará despanzurrado como los conejos.

Antaño, en la escuela internado Calmecac, fueron adiestrados para el combate libre, de proximidad, cuerpo a cuerpo, uno contra uno, uno frente a un enemigo armipotente, aprendieron a repeler emboscadas, asaltar un fortín, tender celadas, construir camuflajes, refugios, depredar, medir el alcance letal de cada arma. Las peleas a muerte son chulerías de machos, piensan al unísono, justo cuando un machetazo deja varias puyas clavadas en el antebrazo del salvadoreño, que retrocede ante los rasponazos de la macana. Entretanto, la noticia salta de boca en

boca, atraviesa el poblado, impele a los aldeanegos a dejar las cabañas, emergen de los patios, postergan el adoratorio, los quehaceres, las charlas, contienen al ganado en sus apriscos, traban a medias el cinturón de los taparrabos guangos (holgados), olvidan el amuleto contra la suerte ceniza, el potaje sobre la lumbré, los remilgos, el olor a hembra ajena, el tatuaje a medio pintarrajear en la espalda; no andan, corren imantados por la coalescencia de la alarma social. Forman una riada de azagayas vibrantes y garrotes pacificadores que al fin confluye en torno a los rivales, con tal suerte que un brazo providencial detiene el garrote en el aire, a punto de estrellarse contra la cabeza gacha del luchador inerme.

A medianoche seguían aglutinándose corrillos, la gente va y viene, polemistas, incrédulas, pregoneros; curiosean, enjuician, transmiten su parecer, repiten a otros la misma pregunta retórica que farfullaba Irepani: “¿Declararse como si yo fuera un floripondio?”.

Desde esa fecha, el motivo de la riña sirvió para descuerar al hijo de la nodriza Eréndira y el tal Ñamandú, un gigante membrudo que participa en las cumbres confederadas protegiendo a los pretores. Evitó conocer los detalles humillantes del caso, pues no acepta ni entiende que un hombre macho de la saga haya pretendido liarse (cohabitar) con otro varón, más le apena que no muriese apaleado. El forzado sirve al monarca landgrave y al estamento superior en sus compromisos fuera del territorio, encabeza el dispositivo de protección, a dos palmos del líder, descorazona a terroristas y sicarios, frustra magnicidios. Durante el último atentado, había

escuchado un siseo, un silbido, un rehilar, puso su mole delante del mandatario, por instinto, sin pensar que el avispero de jáculos y flechas terminará clavado en su carne. A pesar de la gravedad, sobrevivió a esas y otras heridas, recibió elogios, condecoraciones, ascensos y prebendas, por su lealtad abnegada.

Merced a sus influencias, por su intercesión, obtuvo un trato permisivo (privanza) hacia Nahui, aunque jamás trascendió a la opinión pública. La gendarmería secreta archivó el expediente que justificaba la conveniencia de liquidar con discreción al conflictivo. Más allá de la pena capital, la recomendación prohíbe a los ediles merinos reprenderlo con exceso, penar su absentismo, las ausencias de cualquier duración, las rabetas impropias, la hostilidad que manifiesta por no caer bien a casi nadie. Mas por indicación expresa del custodio, tampoco hay que darle alas, el valimiento pasará inadvertido, necesita trabajar, sobre todo, hacerse un hombre decente, sin florituras de escritor, y que cumpla sus obligaciones comunitarias.

La primera vez que acompañó a la cuadrilla cosechera, había visto la aurora relumbrar y extender la claridad paulatina sobre la ensenada del mar, contó algas laminarias y cirrostratos, vio excursiones pávidas (tímidas) de jaibas (cangrejos americanos), aglomeraciones de zamburiñas (similares a vieiras) arrojadas por las corrientes. Llegaron al sembradío cubierto por una argamasa de celulosa, hecha jirones, grumos o mazacotes, y revuelta con excipiente y esponjas que rezuman color por la disolución de los tintes. Los exegetas afirman que detrás hay una inteligencia dominante.

Los mensajes, en su devenir, acarrearán móluscos (moluscos) y sargazos, circunnavegan empujados por la atmósfera, vienen, en sumersión o cabalgando sobre las trombas y el oleaje, saltan el malecón, encallan por los fondeaderos, en las marismas, por el puerto, como enigmas sucesivos, una cosecha que el infamado Nahui agavilla, después levanta el brazo sobre el peonaje, agita el testigo, cual bandera apoteósica, para atraer la atención del capataz en la cadena de producción.

Con frecuencia, el vendimiador cumple el horario, trabaja duro por el bien común, llena con un esfuerzo extra los huecos ocasionales en la plantilla, obedece las órdenes, acata la división jerárquica, incluso, se muestra respetuoso y cordial. A esos intervalos de buena correspondencia les suceden los momentos en que no está presente, solo ven los párpados abstraídos, la expresión antipática, los ademanes de autómeta. En ocasiones tiene un pronto explosivo, pierde el mutismo y discute con acritud, ofendido por algún comentario inocente sobre su dicción peculiar o su pelo de hulla. Con aspavientos, deja al interlocutor con las disculpas a medio pronunciar, abandona el coto y se apresura hacia los manglares, llevándose auestas el lastre del rencor y las ideas fijas, cada vez más aislado en sus tribulaciones, mastica hojas de acónito, recoge un haz de petunias y coriandros, nota la presión sanguínea en las sienas, los latidos siguen el compás irregular de un corazón indómito. Por somatización (un desajuste mental transmuta a orgánico), el escenario se decolora en un gradiente grisáceo, un blanquizar cebreado donde no encuentra la manera de encauzar su ira, la ideación incongruente y tumultuosa. El engarce adyacente reduce la entropía (incertidumbre) a una ocurrencia y musita

como si estuviera inventando las palabras en el momento de pronunciarlas: “La Monarca Concordia reinará”. A esas alturas de su evolución, no sabe cuál será ni quién o qué reinará a quienes o dónde ni durante cuánto o hasta cuándo habrá discordia entre las tribus.

Respira aprisa, con la espalda apoyada contra el tronco del añoso pehuén, evita ser devorado por abstracciones que no entiende. Está perdido en su ciénaga interior. Antes de los ocho años tuvo que descuartizar un antílope, lo hizo. Al cumplir once, el hito consistió en acuchillar a un esclavo, hecho. Aunque a los catorce había rehusado la última prueba de fiereza y evitó punzar con un estilete el corazón de un prisionero enemigo. Su virilidad quedó en duda. Pero respeta esa manera de ver las cosas, vocea sus pensamientos, soy Nahui, un hombre macho, grita, soy Yupani, una mujer hembra, Eréndira dentro de Namandú, prisionero en un cuerpo, apresado por las circunstancias, una tripleta de espíritus reacios a dejarse someter, reprimir o controlar.

Ezcocano Tzul, en la época aditiva, construyó un sistema con el que implementar el diseño idiomático concebido por Jimagua. La información estatal, inventarios, censos, crónicas, esquemas dinásticos, tuvieron repercusión escrita. Un tríptico de los primeros que entrego el amanuense, aparece lustros después replicado por xerografía en la revista divulgativa de ciencias y humanidades, Muy-Tucumán. A propósito de los ritos iniciáticos, da noticia de un hijo tardo en madurar, a quien trataron con refriegas de esparto y decocciones de mechoacán (purgante). Contrasta el carácter servicial y participativo del

anterior hombre varón con el temperamento irritante y los cambios de humor que padece en avalancha durante la adultez. Objetivamente, evita las interacciones sociales, elude compromisos y vínculos afectivos, discute con frecuencia, por cualquier nimiedad, luego, es áspero al trato normal, díscolo a los requerimientos y encomiendas, olvidadizo, de amigable y dicharachero (el que prodiga ocurrencias agudas, jocosas o pertinentes) pasa a ser definido como un menestral serio (antes funcionario imperial, hoy proletario), envuelto por un aura taciturna, tras la mueca por sonrisa, los ademanes somnolientos y la mirada que parece venir desde otro lugar, como un mero espectador que contempla su propio devenir a distancia.

La suerte está echada, había pensado al enlazar el dictamen del escriba altilocuente y el rechazo violento de Irepane. En conclusión, nunca progresará en un poblacho que se alimenta con la expectativa en un futuro incierto, que apuesta sobre seguro y a ciegas por ganancia máxima y mejor rédito, despídete uno a uno de todos los deseos y pretensiones puestos a remojo en el charco de lo cotidiano, adiós a experimentar, crecer, adquirir, amar, ser amado, ver mundo, esa vastedad, aprender los rudimentos del ábaco, desentrañar los acertijos trabados en las cuentas líricas del lino y el tucumá (fibra textil).

Otro desencanto en curso, la mudanza interior es abrupta, drástica, repentina; suscitó más curiosidad y comentarios vecinales, incluso, dio pábulo a la mención satírica. La hija del canoero, Xoniquetzal, la que está al caer, tuvo la ocurrencia de ponerle un mote y en pocos días muchos le nombrarán el *Eclipsado Rosicler*, por sus ensimismamientos y su inclinación a

contemplar los amaneceres y las puestas de sol y la ilusión óptica verificados en la cáscara celeste. Sus deudos cercanos, apenas entienden la poca gana de hacer del adolescente que lentifica, elude o aplaza las tareas habituales, el deber cívico, la ayuda requerida y los emplazamientos impuestos por la comunidad. Oyeron que malgasta los recursos del erario, persigue escolopendras y abejarucos, confecciona álbumes de texturas o pasa las horas espumando el oleaje desde los acantilados. Un novilunio (el satélite intermedia entre el Sol y la Tierra) llegaron a temer que el pupilo estuviese aojado o maldito, al encontrarle en el adelfal (sobre ojaranzos o balandres, entre arbustos venenosos y flores estivales), con el porte simiesco y la expresión pálida de resucitado, les mira sin verlos, a intervalos se agazapa, acumula empuje y en un estado de simplicidad propiciado por la narcosis, el sonambulismo o la mescalina, salta con una trayectoria hacia ninguna parte⁴.

Guari Huancayo y otras vecinas, pero especialmente Guari Huancayo, murmuran de manera frecuente, con la buena planta que tenía y nos sale haragán, critican, dicen fijate, algunas madrugadas lleva tanto retraso con la alfalfa que los bueyes pierden la mansedumbre y embisten a los vaqueros más engreídos o menos cautos. En ese ambiente reaccionario (conservador), la ancianidad confunde los desplantes con la rémora negligente. Otra parte del pueblo lo considera un holgazán y el censo juvenil, por mayoría, relaciona las salidas estrambóticas con la ingesta de ciertas plantas modificadoras de la conciencia.

El comportamiento de Nahui, visto por la población civil, se justifica en toda clase de estímulos arbitrarios, el calor, la disposición astral o el florecimiento del almez. Cualquier minucia, un resplandor, un monte nuboso, una cantuta anómala que nace del centro de otra sobreflor, un tono, una tonalidad, el mundo encerrado en una gota cristalina, todo, por resumen, concede dispensa, o sirve como justa causa, o fundamenta la licencia de abandonar cualquier tarea a medio hacer, ajeno al sentido práctico y al ordeño en las ubres henchidas, que al moverse el animal, delatan el abandono soltando chorros enmarañados de leche humeante. Entre otras faltas, ha estado dilapidando las provisiones de nécoras, bígaros y percebes, por el camino solitario de regreso al pueblo, pues aprovecha para afinar su vocación de floricultor, siempre propenso a los ramilletes vistosos, o se embelesa con su rostro reflejado en el estanque y al final no logra recordar dónde arrumbó el marisco.

La alarma social removida por el asunto, llegó a turbar las sobremesas y las pláticas de la jefatura, Toro Mandante, el del puño cerrado sobre la mano abierta, convocó la asamblea disciplinaria de los tres sabedores añejos y el fiscal poderhabiente (en nombre de la justicia pública) y los siete vocales insaculados (por sorteo). Debaten la etiología médica y los remedios menos costosos para corregir el humor y enderezar la conducta de quien mal o bien llaman el *Eclipsado Rosicler*, dicho esto sin pretensión de vilipendiar.

Las versiones sobre la patología del seminola se sucederán como las cuentas en un rosario interminable. Primero, prevalece

la creencia de la posesión, ergo, interviene el chamán terapeuta, investido de prestigio y facultades para ahuyentar a cualquier criatura perversa que se haya metido en camisa de once varas. Elabora un bebitrajo providencial, cuyos ingredientes son conocidos por tres depositarios únicos que no deben coincidir en la misma localización geográfica. A medianoche, el arreglo herbal muestra sus efectos secundarios, trasladan de urgencia al dispensario a un paciente con náuseas y retortijones, para atajar el inconveniente y darle un enfoque distinto. Aplican una refriega con estropajo y bayas, de tal dureza que extienden un rastro de eritemas y peladuras sobre la anatomía del interno.

La clase doctoral, refractaria al derrotismo, prueba otro método, un ritual clásico, alternativo a las terapias lentas pero seguras traídas por la modernidad. Los practicantes danzan, alrededor de una fogata, entre cantos ceremoniáticos, prenden ramas y las agitan ante el hastío del poseso. Empero, el tamarindo y las plegarias tampoco sirven para tratar los nervios del azteca, medio ahogado por los malos humos.

En esos días complicados por la decepción, un comité de mujeres ancianas solicita un remedio todavía más severo, conocido de antiguo como la panacea a todas las perturbaciones y ramalazos del hombre macho recién emancipado. Por consecuencia directa, lo retienen en una mazmorra, hecha con cañas entreveradas, y poco lucimiento y tantas rendijas que parece idéntico a la intemperie. El reo apenas advierte la escasa privacidad, ni considera vejatorio verse sin calzones o atavíos, pues está intrigado por la presencia de dos mujeres hembra, pubescentes, cuya desnudez desprende un

hálito que se pega al pellejo de los varones en celo y les hace perder el sosiego. Tienen senos afrutados, labios bermellones y una menstruación almibarada similar a la melaza que gotea desde los frutos abiertos del carao.

A diario, Nahui cohabitará en un tormento de tibieza, flanqueado por aquellas gemelas desabridas. Reclaman atenciones, sobre un lecho acolchado con broza y hojas grandes de miraguano, se abrazan a cada lado del hombre e impiden que pueda incorporarse, mediante una llave maestra de piernas enroscadas y tozudez femenina, mientras restriegan, sin intención, la salmuera de sus humores íntimos por los muslos lampiños y las nalgas del paciente, cuya naturaleza saludable termina reaccionando a las caricias. El animal aturdido de una virilidad equívoca despierta, pero por enojo decide pertrecharla tras un cinturón de castidad improvisado con cambures criollos (o plantas musáceas).

La fecha finalizadora del encierro iluminó al enfermo recluso con la mirada fija en la techumbre, el ceño severo y las manos entrelazadas sobre el abdomen. A su lado hay dos crisálidas amables aún sin desflorar, abrazadas en su aurora de rocíos acendrados, con una expresión cándida, sonríen, se cuchichean confidencias al oído, juntan las mejillas y al moverse calculan el efecto afrodisiaco del roce aparente entre sus labios y ríen, diseminando un reclamo para el cortejo y el galanteo primitivo.

El célibe es un caso clínico incurable. Los supuestos de agonía, decrepitud o insania persistente se despenan mediante los usos arcaicos y la prueba del ostracismo. Por ende, permiten a la

naturaleza corregir sus desatinos y regenerarse, lo llevan hasta un claro limítrofe del humedal, tumbado sobre un chinchorro o una hamaca funeraria, con una ración exigua de pudú y poca agua. Nadie sabrá que los frotamientos suplicantes de las ninfas han impregnado al primate con un hálito imperceptible para la sensibilidad común, pero capaz de ahuyentar al yaguaraté (el depredador por antonomasia), a los carroñeros, incluso al clan Shuar y su molesta costumbre de reducir la cabeza del enemigo y conservarla a modo de trofeo.

El apeestado sobrevivirá por causas hormonales, asediado por los tábanos y bregando contra las sanguijuelas que se sueldan a su espalda mientras dormita. Cada mañana, explora la espesura. Va dejando muescas en las cortezas de los guayos y las jobobas, migajas de trementina, para poder ir y venir, como le dijo Atahualpa que hacen los protagonistas en los cuentos infantiles. La arboleda es tan densa que encierra el ambiente en una burbuja y a primera hora el ambiente retenido es gélido y entra a los pulmones como un hato de mordiscos. El bosque selvático urde trampas, extiende un musgo resbaladizo que dificulta el equilibrio y la bipedación, asperja una película dormitiva, aturde con un polen narcótico, domina la inflorescencia, el reino vegetal, la iluminación, ergo, parece otro animal, enorme y hambriento.

El expedicionario recuerda la rumorología asociada a ese lugar, los relatos de miedo que le contaron sus mayores, quienes antes oyeron a los suyos hablar sobre las ánimas perdidas en un bucle del camino a ultratumba. No pertenecen a este mundo ni al otro, están condenadas a repetir la última tesitura por la que

infringieron el mandamiento de los dioses, una y otra vez, aprovechan los interludios para capturar terrícolas solitarios y ponerlos en su lugar. Los espejismos son reconocibles por su voz cavernosa, horripilante y su olor a humedad cerrada. A esa hora, el bosque rezuma vida silvestre y el calor está volviéndose pesado, con tal suerte, el escenario es cualquier cosa menos tenebroso. El caminante considera pertinente aplazar las historias de fantasmas, salvo mejor parecer de los implicados. Acaba de tropezar con un calavernario confuso, son esqueletos humanos encajados en fósiles animales, que, a su vez, parecen unidos a las fauces de otros predadores mastodónticos, una pirámide alimentaria recursiva provocada por erupciones súbitas de calor.

No antes ni después, la verticalidad perfecta en el cénit solar indica que empezó a transcurrir el mediodía verdadero, justo entonces, el augurio marcado por las calaveras está a punto de cumplirse. El homínido afronta una fluctuación intemperante del clima, cuya ventolera le sumerge bajo un estanque de vidrios molidos, sin aliento intenta aspirar otra bocanada fluida, resbala en su propio sudor. El enemigo le zarandea, le cruje con calambres, golpea su cabeza, promueve una sed insoportable. La marioneta avanza hacia no sabe dónde, se tambalea, a duras penas encuentra la cantimplora en el morral, libera el burujo que tampona el calabacín y bebe a la desesperada. La onda ardiente va dejando tras de sí un secarral pajizo, aunque casi al instante la naturaleza renace, vuelve a herbecer y verdear, ante la mirada de las musarañas pávidas y el alboroto de los micos encaramados en los árboles.

En la bullanga posterior, el buzo recupera el orden acompasado en el movimiento de sus pulmones y prosigue la exploración o la fuga, más desenvuelto y optimista, cuando reconoce su sentido previsor al cargar con una ración de agua. Soy un suertudo, piensa, mientras cumple condena en la cárcel abierta del mundo, aún pendiente de revisión. Antes de llegar hasta los nopales (parecidos a las chumberas) que ve a los lejos, nota el mutismo repentino de las cotorras, silencio, unas ramas crujen al partirse, nada se mueve en la fronda, hay duendes, cuadrúpedos, un peligro no específico se acerca, un engendro agazapado sale del anonimato, ataca por la espalda con un trancazo rotundo que fulmina a la presa, Nahui cae engullido por la inconsciencia.

Despierta a continuación en otro lugar, no puede incorporarse. A ver qué pasa aquí, una tribu con mala reputación y peores intenciones le tiene atado con sogas a una altar de sacrificios. Los oferentes danzan, bajo tinturas y chaquiras (abalorios), siguen el son frenético del retumbo de los timbales. El reo infinito ha entendido, por su adiestramiento en Calmecac, que si permanece quieto, la vivisección será menos dolorosa.

El prelado oficiante, ebrio de cariacó y misticismo, alza la daga litúrgica y la mantiene en vilo, a punto de consumir la ofrenda. A nivel químico, a causa de la fisiología, tal vez por complejos freudianos, traumas soterrados, un éxtasis aclarativo, quizá un remordimiento, una enajenación, una malhadada (una suerte mezquina), por una reacción nerviosa se detiene, baja el bisturí, mira a las alturas con una expresividad paranoica y termina clavando el metal serpentino en su propio pecho. El desenlace y sus repercusiones induce a la muchedumbre a disgregarse,

corren hacia todas partes en una estampida violenta, evacuan a las personalidades de la tribuna presidencial. Entre la confusión, nadie repara en la carnaza. Ha logrado zafarse de las ataduras, golpea a un cancerbero y escapa como una centella hacia el fondo marítimo.

Solo cuando acaba la recolección del caucho y la siembra en los conucos (huertas de yuca), por el agotamiento del destierro, una comisión judicial y sus guachimanes (esbirros) llegan hasta los suburbios, para comprobar los efectos de la sentencia ejecutada por el caudal de la noosfera (seres inteligentes y su bioma distintivo). Nahui está donde lo dejaron, contando musarañas, luego el sentido es absolutorio e implica reingresar al ajusticiado hasta el centro de la polémica.

Por razones que el público no entendió bien, los centuviros publicaron un bando con su indulto y la obligación comunitaria de aceptarlo en convivencia. Aparte, si los cazadores salen a traer manduca, está obligado a permanecer con las mujeres, trenzar tallos de rafias, entretener a los parvularios y desplumar faisanes para el sancocho del almuerzo. Como novedad reseñable, estaba en marcha una ampliación del vademécum sufragado por el erario, con una terapéutica que permite, según los prospectos, conjurar a los espíritus pusilánimes (intolerantes a las desgracias) o malignos, asentados en los enfermos y los marginados.

El maestro de encantamientos, Mazatlán, apodado el Pedro, había traído desde los valles de Nono y Panolis cierta terapia mal parecida a una liturgia, trajo un antidotario que contiene intrincadas formulaciones, más los ingredientes exóticos o la

descripción de aquellos otros accesibles en la comarca, otrosí, cargó con la parafernalia adicional para la puesta a punto de la curación. El paciente primo, entró rezongando al sanatorio. Era una cabaña con pretensiones modernistas, techada a conciencia, observando una simetría exacta en las terminaciones de los juncos entrelazados, purificaron la argamasa para evitarle burbujas o grumos, además los ramajes carecen de flecos sueltos o acrescencias inoportunas.

El ámbito huele a capicatí y otras plantas aromáticas, usadas por la farmacopea de la época plurivalente -su lema: "salud ante todo"- . Hay una hamaca estival de henequén (textil), que parece una piragua colgada a los travesaños por dos sogas recias, y tiene la misma funcionalidad del divan de consultorio, junto a unos taburetes macizos, obtenidos al pedacear un tronco en tres partes; hay una mesa o un altar o un laboratorio, lleno de cachivaches e instrumental raro y lozas de yerbero, más dos incensarios activos. La sesión o el exorcismo, o la catarsis, según un observador externo duró poco, aunque desde la percepción del paciente, fue interminable. En el lapso, aguantó con una falsa indiferencia la sensación de que podría caerse en cualquier momento, mientras escuchaba la letanía del oficiante curador, los cánticos profanos bajo los sones del atabal y el tímpano místico. Casi se alegra al incorporarse a la atención vertical para ingerir un bebedizo ordenado por el protocolo médico, básicamente peyote y ayahuasca (alcaloides), más otros ingredientes alopáticos y principios activos sugeridos por las artes médicas divergentes. Otra vez tumbado, saboreó la amargazón, la somnolencia paulatina, tuvo náuseas, vomitó, el sopor se hizo irresistible, durmió.

El tiempo es relativo, pero siempre dura una docena de intervalos desiguales, considerando la clepsidra empotrada en el templo mayor, cuyo diseño completo, mano de obra y materiales aparte, fue obsequiado a un rey peregrino por el sultán astrónomo, Abu el Hassan. Por dentro es un tinglado de poleas y sogas y émbolos y ruedas dentadas, desde la fachada son doce ventanas con dinteles abovedados (como herraduras hacia abajo), de las que emerge un artilugio que derrama agua sobre un cuenco grande, al llenarse libera una boya y esta deja caer un contrapeso macizo, como resultado una baqueta tañe y un badajo golpea los bronce resonantes de la enorme campana tubular con las señales horarias. Conforme a esa medida de referencia, despertó casi media vasija después. El meigo curador le ofrece un trago de calaguasca (menos fuerte que la absenta). Apenas entonces Nahui, a propósito del único efecto secundario, reprochó: “Tengo plomo líquido en la cabeza”. Había tenido un sueño hipnótico, pero hasta mucho más tarde no podrá recordarlo.

Sin males mayores ni otras incidencias verificables, el acaecimiento de los sucesos retomó su ritmo ordinario, respiran la lógica rancia de unas costumbres depositadas en los portadores de recuerdos. El druida consejero aspira un polen mediador y libera sus influencias para obtener consejo de los difuntos, sobre las vicisitudes astronómicas o los ciclos agrícolas, así, no necesitan dismantelar el poblado para perseguir las estaciones fértiles; aprendieron a plantar semillas y recolectar, domesticar a las bestias en corrales, saben mantenerlas vivas y aprovechar sus frutos biológicos. La convivencia sigue ordenada en torno a la lumbre, que previene

calamidades e indica a los emisarios dónde enviar su mensajería abstrusa. Frente al santuario, la pira permanece custodiada bajo una maraña de cerbatanas invisibles y por guardias obsesionados en probar sus garrochas en el ladrón y desfigurarle el rostro a garrotazos; previenen plagios, evitan latrocinios y durante los recesos de la siesta tropical, practican el lanzamiento de las boleadoras contra los antílopes extraviados que merodean por el patio enorme, diseñado para contener las avalanchas de los peregrinos.

El ilustre comendador Tonino Burraco, a tenor de las actas registradas en la Audiencia de los Confines, desmenuza un episodio de índole militar, a propósito de las encomiendas, los nativos, los proyectos bélicos y el tributo adecuado que conviene desembolsar al gobernador coloquial. Una parte trata sobre un avistamiento de vándalos y salteadores movidos por las mareas hacia el límite fronterizo custodiado por la guardia costera. El vigía divisó el destacamento de nadadores y soldados buzo, hace mugir un hueso craneal desecado, una nota profunda, alarmante, mantenida a pulmón, hasta espabilar al contingente en reserva, que advierte la urgencia y la gravedad de la situación, pues nadie, ni siquiera los mashcopiro o los sapanahuas, logran confundir a los sagaces atalayeros.

Toro Mandante y sus oficiales, en pie, trazan las líneas maestras de la defensa, organiza una falange de respuesta anfibia, pero a mitad del conclave desechan la estrategia, para considerar un informe recién entregado por los oteadores. Han escudriñado una soldadesca caótica, solo vimos brazos y piernas y cabezas en marañas, vimos los cuerpos desmembrados sobre las aguas,

señoría comandante, los engendros se arrastran por el displayado entre cangrejos y ceibas y esponjas. Por extraño que parezca, finalizan el asalto amontonados unos sobre otros al arbitrio del oleaje y mecidos por la estulticia.

Centurias más tarde, un narrador urbano, parado sobre la acera en un barrio comercial, frente al escaparate de una sastrería, atinó a encontrar una relación entre los promontorios flotantes y una turba de maniqués, extemporáneos para esa época del bronce. Hasta entonces, nadie sabe a ciencia cierta qué clase de monstruosidad o amorfía o disparate está arribando sin los permisos diplomáticos bien visados y puestos en orden.

El comandante vaivoda estira del hilo juicioso y devana un segundo plan táctico, avallada un frente de contención, en primera línea, a ras del suelo, aquí y aquí una línea de cerbatanas aprestadas con dardos venenosos, detrás una batería trémula que reúna a los honderos más hábiles y a retaguardia dispone una formación cuyos guerreros mantienen la mirada tensa y fija en la distancia, blanden un tomahawk o sujetan un chuzo, con la mano crispada y atentos a la voz cortante del caudillo, ansiosos por repeler la acometida de unos bárbaros que parecen dormidos o muertos o poseídos y tienen la expresión alelada y promueven la anarquía, con los cuerpos agarrotados y las extremidades rígidas. Unos parecen o son mujeres hembra y otros tienen o parecen tener los cabellos largos y brillantes como hebras preciosas que refulgen iridiscentes bajo la luz del alba.

La incursión entra en punto muerto. Ante la pasividad hostil del contrincante, una patrulla ejecuta un reconocimiento de

proximidad. El oficial, desde la distancia, certifica a gritos que son diferentes a las momias y los cadáveres, no parecen ni lo uno ni lo otro, pero sí tienen un aire hierático de estatuas o espantapájaros. Fríos al tacto y resbaladizos, poseen una dureza impropia en las gentes de la ciénaga. Sugiere que posiblemente fueron convocados mediante oficios tenebrosos, y elucida, al fin, que el asunto rebasa la jurisdicción castrense y procede, por consecuencia, someterla al arbitrio del hechicero druida o el regente civil.

Aquella clase de sucesos, entre surrealistas, novelescos y ordinarios, iban aplazando la conclusión del proyecto naval y alteraban la monotonía de Nahui, convertido en carnaza para la gula efectista del rumor, que versiona, superpone y contradice múltiples creencias sucesivas, se complementan o añaden un matiz inusitado o una mentira palmaria, hasta que el siguiente bulo desmiente toda dolencia, deformidad o atildamiento en el gurí, o lo transforma en un depravado, o un heraldo maligno con pezuñas de animal.

Toro Mandante suele convocar reuniones o asambleas a todas horas, solicita dureza con los hijos díscolos, intratables o desagradecidos, son un ejemplo pernicioso para la comunidad, asevera en tono apodíctico (no admite contradicción). El nagual curador, ensaya recetas y elixires nauseabundos que espantarán la sarna de la afectación, tisanas depurativas contra el hipo redundante y la cacofonía, emplastos para corregir la imprecisión y encauzar la libido torcida hacia las aimaras en edad de merecer. Entretanto, quien aloja como mínimo a tres espíritus, es incapaz de resignarse, cede a la evasión, elude

compromisos y normalidad y tutorías, ve las estaciones transcurrir, aislado, ocioso, contempla el océano destrizarse contra los acantilados. Esporádicamente, encuentra y recoge baratijas, objetos originales, fruslerías, miniaturas hechas con bambú, casas de hojalata, pequeñas sombrillas fabricadas en papel montado sobre una armadura de mondadientes, que adornaron los cócteles con el reborde de colores azucarados, durante una fiesta ibicenca auspiciada por París Milton.

El estilismo funciona como un aliviadero ocasional a sus tribulaciones, se entretiene meditando, sin excesivo rigor, sobre la manera con que hermostrar la desnudez rendida de Maru Duchibela. Por ejemplo, teñir y depilar sus cejas, peinados espectaculares, una manicura de fantasía con minúsculos zafiros adheridos a las uñas, tatuajes delezables, bezotes (adornos en el labio inferior), arandelas en la nariz, maquillajes invisibles, etcétera. En el fondo, intenta eludir el estigma del sufrimiento al que cree estar predestinado, se plantea con dureza si alguna vez las diosas hiladoras pueden errar y permitir a los espíritus confundirse en un solo cuerpo terrenal. Inquieta, desde la intuición, acerca del hacedor supremo, de quien no encuentra noticia cierta ni concordia determinante, o al menos un indicio que permita ubicar el paradero del obrador de todo aquello evidente y natural, los artificios, lo invisible, la cohesión inteligente. Debe ser fuerte, más fuerte que todas las tribus confabuladas, más que los batanes y las montañas estruendosas. Empero, buscar un dios único no parece tarea fácil, ni siquiera conoce qué aspecto tendrá. En el corolario a sus disquisiciones, decide completar pronto el cayuco, fugarse lejos, encontrar las Europas, los reinos asiáticos del refinamiento, las regiones

progresivas mentadas por Marco Polo, hallar la Hispania citerior y Hieracómpolis; desde allí, entrevistarse con el dios verdadero será un asunto trivial.

A pesar del acicate turbulento, los retrasos se suceden entrelazados, para hacer del embarque una posibilidad remota. Por la época de celo del avetoro y su insistente reclamo acústico, Nahui atraviesa las playas, mientras proyecta travesías exitosas y declaraciones casamenteras, de súbito, encuentra bajo la lumbre sangrienta del semilunio, la faz de una anomalía disruptiva (produce una ruptura brusca). Aguza los sentidos como intentando despertar otra vez sobre las arenas, escudriña el moridero de cristales flácidos como medusas engurruidas y traslucientes. Apenas entonces, regresa acelerado a la cabaña, se esfuerza por describir la escena a sus tutores, intenta ser creíble, evita las florituras, añadir adjetivación y apreciaciones subjetivas y pese al reparo inicial, logró el propósito básico de la comunicación veraz. La madre, devota, atribuye la cosecha a Izmucane, una diosa espléndida que quizás regaló aquella cornucopia magnífica en respuesta a la pleitesía ferviente (reverencia entusiasta).

Eréndira y Ñamandú, compelidos por el hijo, no consiguen morder la muestra y menos aún deglutir una porción del supuesto alimento. Deciden, pues, cocer la morralla, prenden un fogón y colocan una cazuela que empezó a borbotear enseguida, bajo una humareda cuyo olor fue atrayendo a la vecindad. El acto familiar progresó hasta transformarse en un acontecimiento multitudinario. Vinieron, incluso, pobladores de alquerías distantes, convencidos por sus

informantes y espías de que los kiowa tienen la sartén cogida por el mango y están cocinando una ambrosía prodigiosa, capaz de replicarse sin participación humana, y en consecuencia, manejan el arreglo a las hambrunas causadas por los destrozos del huracán periódico.

Al primer hervor, los cocineros extraen del caldero una piltrafa chorreante, preguntan si hay voluntarios para catar aquella sopa y Xoniquetzal, cándida, por su afán de protagonismo, sale de entre la expectación agolpada, exclama que ella misma probará un trozo y al cogerlo se quema, pero disimula por comedimiento (urbanidad y cortesía), prosigue e intenta morder y masticar y digerir una ración, aunque desiste, humillada, con una expresión de alivio y un mohín final.

En esa tesitura, el tufo que desprende el puchero, de consistencia pastosa y tonalidades sucias, se ha vuelto mordiente, casi repulsivo, y desalienta nuevas experiencias culinarias. Así, pues, resignados, guardan las futuras ambrosías bajo cobertizos y sombrajos, para permitirles madurar, sin saber que la cosecha es plástico vulgar, pasado por agua, misterioso e incongruente, y continuará asolando los mares hasta mucho después del último clan industrial y sus mercados planetarios. Esto no es comestible, pensó Nahui, tras agarrar un pedazo de gelatina y echarla al morral para llevarla consigo al exilio.

Otra jornada en su taller clandestino, sin margen a la complacencia, examina el perímetro en busca de especies hostiles, después enfoca la mirada en el bote. Escueto de eslora, pero no tanto que impida extender en la cubierta a dos caimanes recios. Hay sitio suficiente. Abrió una geoda desde

donde bregar y otra menor para víveres, aparejos y una valija profusa, píldoras curativas, fajos de pergaminos unidos con varias lazadas fáciles. Entre ambos habitáculos media un palo mayor, largo y grueso, como el cuello de una alpaca, pero sin cohesión estética ni desempeño práctico, solo justificado por un ramalazo febril de creatividad. Con la lógica moldeada por el acervo, había enlazado el poderío eólico, el aprovechamiento sensato y la generosidad del genio macizo Wiracocha, uno rubicundo, algodonoso, cabellos ensortijados, piel esplendente. Al obtener su dispensa, hincha los carrillos y sopla a favor, desde popa, para propiciar la navegación fluida hacia los puertos de la sociedad culta.

Por tal idea motriz entreverada con muchas otras en una cabeza rebosante de calandrias, andolinas y charranes (pájaros), el astillero tenía decidido cinchar, replantearse el diseño completo de la embarcación, considera las capas de funcionalidad, ornamentación, aerodinámica, carenado, dar anchura, profundidad, empuje, clavar acá y acullá una triada, aquí una mesana, robustecer el armazón, airear la quilla, extender una botavara imponente. Las circunstancias, el enojo, la fatiga, o todo a la vez, precipitan el resultado inverso, pues acomete un arreglo superficial, obstinado, escandalla el varadero donde nadie tantea ni manipula el yute, los espartos o la rafia, ni teje las lonas ni zurce o recose los toldos de las velas cangreja.

Durante el camino de regreso, el silfo resabiado, Koconochtle, por tedio, o inquina, chasca los dedos y enciende una centella con un trallazo que retumba y distorsiona la placidez del paisaje. Los rabilargos, pintados al fondo del cromo

primigenio, inician un vuelo explosivo con otras aves cuyos plumajes intensos van dejando una estela subjetiva por sobre las arboledas. La reacción en cadena excita a los pelícanos que salen espantados, con sus grandes astiles a medio desinflar y transmiten la alarma a otros biotipos. Son urogallos, agamíes y dodos, están predestinados a convertirse en muestras, o reliquias o personajes encerrados en cofres o ediciones novelescas o cromos expuestos tras la vitrina manufacturera de las especies extintas. Un pedregal de caimanes abandona el sopor en los cantiles, se yerguen sobre sus patas traseras y enfilan hacia la espesura dando trancos por el barro endurecido, espantan a los iguanodontes, a las tuátaras, ensordecidas con la bullaranga de micos, zarigüeyas y tapires y la respiración áspera del puma. Durante la estampida, los animales azogan, chascan, convierten la jungla en un rebaño, una manada apabullante, una bestia instintiva que gruñe y vibra, relincha, cloquea, ulula, grazna, muge, barrita, chilla y brama, gañe, berrea, aulla y ruge de vitalidad.



N.B. - GLOSARIO

4 ↑ Supone que si salta con el suficiente empuje alcanzará el trampantojo que cubre el cascarón celeste. Conforme al guion propuesto por la leyenda, son almas esperadoras y amaron como si hubieran sido o fueron en verdad persona, o al menos sufrieron como persona los cilicios del amor o la sed. Conforme a la leyenda corregida por el cuento, su cintilar avisa del romance inminente. Son ideas estilizadas, sílfides tibias, fascinantes orondas, divos perfectos, escuálidas de embeleso, hados normales, duendes luminosas, ectoplasmas de acuarelas, decididas sí o sí a encandilar, flechar, dormir, cantar, fúlgido verso, cuita perfumada, velos de alas rotas, el soneto ama tu sonrisa figurada.

Otro iluso que serena la mirada, nomina entelequias, migas, semilleros constelados, anhela una playa como la de antes, que hoy se reflejaalzada, y si atardece, alborea, y cuando el amor todo lo puede, el final no está escrito, porque cada trecho y ausencia son llenados precisamente con el acto mismo de vivir, aunque sea entre citas aplazadas y bajo luminarias inalcanzables.

El poema, arpergiado por la música, canta. Las vecinas murmuran.